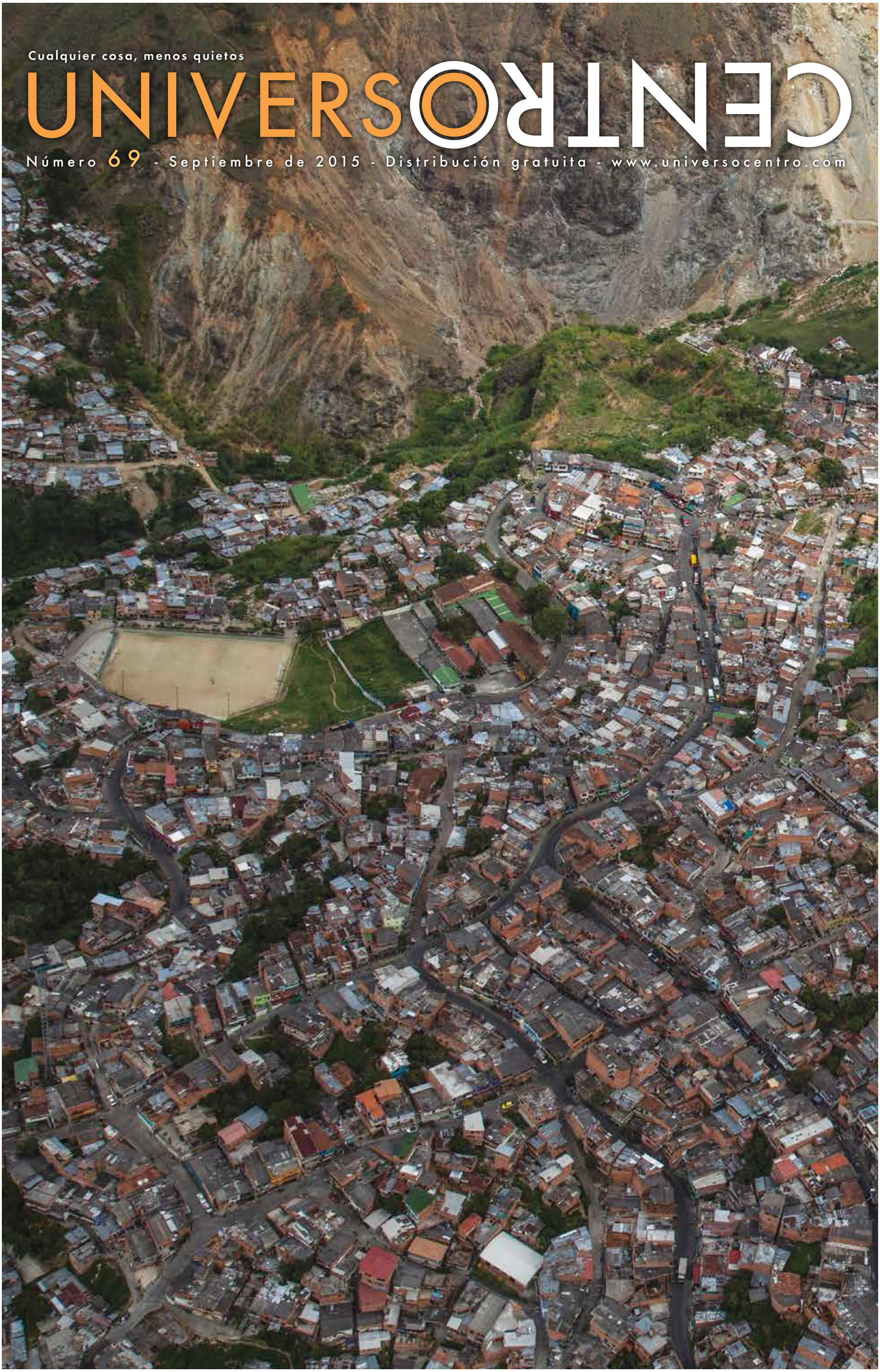
Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSOCENTRO

Número 69 - Septiembre de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



8
Las cuerdas bajan calzones

10
ABCbarrio

14
Los suicidas del Sisga

18
Quinientos mil a los paraguayos

20
Bautizo de hierro

24
Bienvenido a la India

27
Los niños que combaten por la noche

UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA
– Juan Fernando Ospina
EDITOR
– Pascual Gaviria
COMITÉ EDITORIAL
– Fernando Mora
– Guillermo Cardona
– Alfonso Buitrago
– David E. Guzmán
– Andrés Delgado
– Anamaría Bedoya
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
– Gretel Álvarez
DISTRIBUCIÓN
– Erika, Didier, Daniel y Gustavo
CORRECCIÓN
– Gloria Estrada
ASISTENTES
– Sandra Barrientos
– Catalina Ortiz Giraldo

Es una publicación de la Corporación Universo Centro
Número 69 - Septiembre 2015
20.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Ante la espera de muchos de nuestros libidinosos lectores por un número dedicado al acto sexual que simbolizan los dígitos 6 y 9 unidos, ofrecemos esta selección editorial para calmar las ganas.

Canonicemos a las putas

Jaime Sabines

Santoral del sábado: Betty, Lola, Margot, vírgenes perpetuas, reconstruidas, mártires provisorias llenas de gracia, manantiales de generosidad.
Das al placer, oh puta redentora del mundo, y nada pides a cambio sino unas monedas miserables. No exiges ser amada, respetada, atendida, ni imitas a las esposas con los lloriqueos, las reconvenciones y los celos. No obligas a nadie a la despedida ni a la reconciliación; no chupas la sangre ni el tiempo; eres limpia de culpa; recibes en tu seno a los pecadores, escuchas las palabras y los sueños, sonríes y besas. Eres paciente, experta, atribulada, sabia, sin rencor.
No engañas a nadie, eres honesta, íntegra, perfecta; anticipas tu precio, te enseñas; no discriminas a los viejos, a los criminales, a los tontos, a los de otro color; soportas las agresiones del orgullo, las asechanzas de los enfermos; alivias a los impotentes, estimulas a los tímidos, complaces a los hartos, encuentras la fórmula de los desencantados. Eres la confidente del borracho, el refugio del perseguido, el lecho del que no tiene reposo. Has educado tu boca y tus manos, tus músculos y tu piel, tus vísceras y tu alma. Sabes vestir y desvestirte, acostarte, moverte. Eres precisa en el ritmo, exacta en el gemido, dócil a las maneras del amor.
Eres la libertad y el equilibrio; no sujetas ni detienes a nadie; no sometes a los recuerdos ni a la espera. Eres pura presencia, fluidez, perpetuidad.
En el lugar en que oficias a la verdad y a la belleza de la vida, ya sea el burdel elegante, la casa discreta o el camastro de la pobreza, eres lo mismo que una lámpara y un vaso de agua y un pan.
¡Oh puta amiga, amante, amada, recodo de este día de siempre, te reconozco, te canonizo a un lado de los hipócritas y de los perversos, te doy todo mi dinero, te corono con hojas de yerba y me dispongo a aprender de ti todo el tiempo!

Naranjas

Cancionero Rasga
Edson Velandia

¡Naranjas!, exclamé como quien pierde
le ofrecí el fuego de mi sangre sin embargo
aunque no se parecía a la mujer que yo soñé
le dije que era ella a quien amaneció extrañando
compré media de Kool y otro *briquet*, pero rosado
fuimos tomando ritmo al mismo tiempo de los ronés
mirándome con cara de pertita me mostró su lengua
me dijo que era yo a quien ella siempre había esperado.

Y yo me la llevé al rancho mío creyendo que era soltera
pero tenía mozo... y marido
se desnudó soltá y le vi las cicatrices
yo empecé mordiéndole el pezón más viejo
mientras ella con sus uñas largas perforaba mis orejas.
Yo abracé sus caderas flácidas, deliciosas, groseras
me pidió que no la penetrara para no sentirse ratichonera
y al mismo tiempo estaba encima mío
sumiendo mi palanca dura en su papaya dispuesta.

Así, y de diez maneras, practicamos en mi cama hasta
partir las maderas
me despertè en un mediodía
solo y con migraña leve
sin cigarrillos en la cajetilla
sin ánimo en la billetera
y la herramienta
muy herida.

Domingo en familia

por ANDRÉS BURGOS

Ilustración: Titania Mejía

Gilberto viene a la casa de César, que antes fue la suya, que antes fue la de todos. Antes de que se muriera la madre. Golpea la puerta y le abre César, que se parece a él pero gordo. Un viejo frente a un espejo que lo infla. Las cejas tupidas y la nariz aguileña anuncian un carácter hosco que sustenta César pero no Gilberto. Gilberto siempre ha tendido a la dulzura y a la personalidad apocada.

No se dicen más que quiubo para saludarse. César le entrega las llaves del garaje y el carro para que vaya alistando todo mientras él llama a Berta, que ya debe estar lista. Berta, a pesar de tener las mismas cejas y la misma nariz, no luce hosca. La alivianan los párpados con maquillaje púrpura. También las canas almibaradas en una tintura que hace lucir su pelo, corto y esponjado, como un algodón de azúcar cuando lo toca la luz. Pero, principalmente, a Berta la suaviza el brillo juguetón de la fragilidad mental. La sonrisa pueril. Siempre cuidó a la madre y la madre la cuidó a ella. Por eso le dejó la mitad de la casa que antes fue de todos y que ahora es solamente de César y de ella. Por eso no se marchó. Por eso nadie consideró la posibilidad de que se marchara. Ahora cuida a César en lo que César no puede cuidar de sí mismo y César cuida de ella en todo lo demás.

Cuando César y Berta salen de la casa, Gilberto ya ha estacionado el carro afuera y ha cerrado el garaje. Ahí termina su liderazgo al volante. Le devuelve las llaves a César, quien después de revisar que no le haya rayado las latas en la maniobra, toma posesión del asiento del conductor. Gilberto se acomoda a su lado y Berta va atrás. César pone de nuevo el motor en marcha y el Chevrolet Monza modelo 88 despierta con un brío que evidencia su magnífica salud. Tiene más de veinticinco años de uso, cincuenta menos que la vivienda, y hace lustros que solo abandona el garaje cada dos semanas. Parece destinado a durar para siempre. Como los electrodomésticos que funcionan con el ritmo y la condiciones de otros tiempos en la casa de César. De César y Berta. Que antes fue la casa de todos.

Ruedan calle abajo flanqueados por caserones amplios y viejos que aún no resultan atractivos para ningún constructor de edificios. El sol de la tarde, racionado por los guayacanes, palmotea las latas del Monza. César va al volante y Gilberto le da indicaciones con el tacto de quien amontona huevos en una canasta. Es él quien le dice que gire a la izquierda, que marque la parada en el cruce, que tome el carril de la derecha. No importa que la ruta sea siempre la misma. Si hay un vacío en las instrucciones, César se asusta y lo reprende exigiendo certezas. Es Gilberto quien le indica que se detenga en la próxima esquina, donde los está esperando Oliva.

Las cejas tupidas y la nariz aguileña de Oliva sí dan cuenta de su hosquedad. Y se quedan cortas en la caracterización. Sería más parecida a Berta si sus canas gruesas como alambres no le cayeran lacias sobre los hombros. Se sube al carro sin saludar y clava la mirada al frente, hacia el punto de fuga en el recorrido que les falta. El cupo está completo. Los hombres adelante, las mujeres atrás. Es difícil decir quién es mayor que quién. Gilberto indica el próximo giro y parten hacia el oriente con una lentitud desesperante.

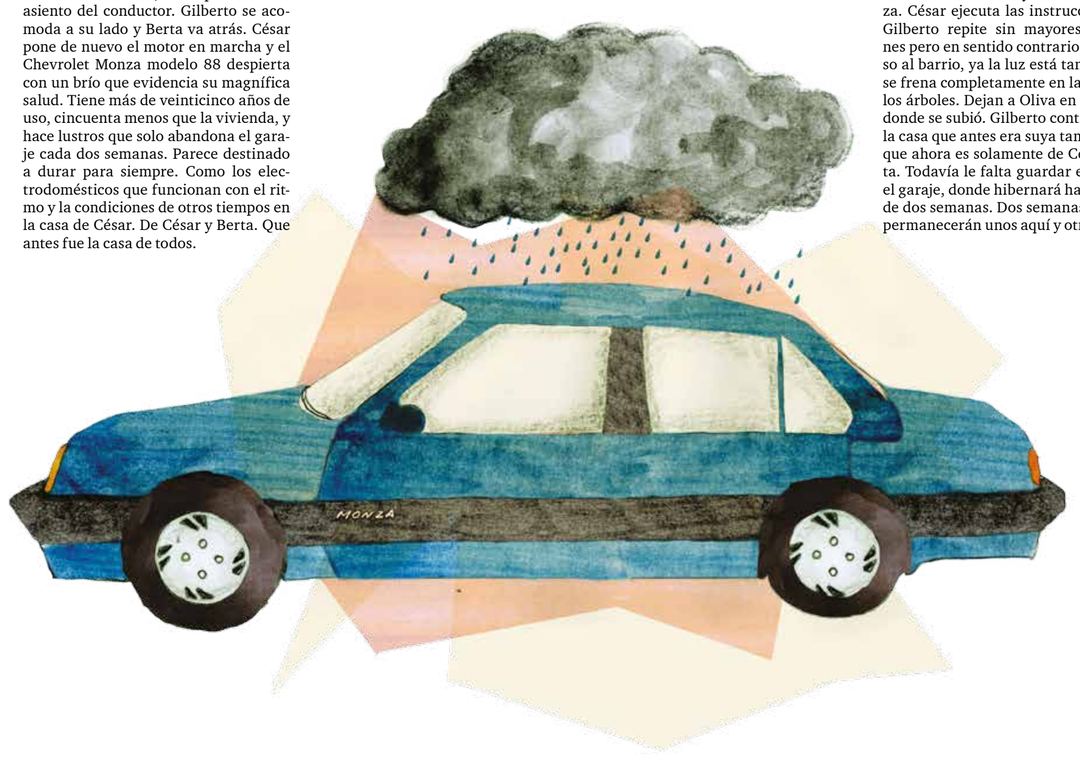
Oliva vive con Gilberto y podría haberlo acompañado hasta la casa que antes fue de todos y ahora es solamente de César y Berta. Pero ella juró que no volvería a poner un pie allí. Y al parecer su determinación incluía muchos metros a la redonda porque ni se acercó de nuevo a la esquina. Cuando César le hizo una oferta por su parte de la casa, después de la muerte de la madre, ella estalló en ira. Leyó en la intención de compra inimaginables humillaciones y planes maquiavélicos para echarlos a la calle. Se los enumeró a César, quien estalló en ira también. Al final de una pelea monumental, Oliva le dijo que le diera su dinero y el de Gilberto y bien podía quedarse con la casa si era lo que tanto deseaba. A Gilberto nadie le preguntó su opinión al respecto y terminó yéndose a vivir con ella a una casa más pequeña a dos cuadras de esta que ya no es de él ni de Oliva sino de César y Berta.

Cuando llegan al cementerio, la única voz que se ha escuchado es la de Gilberto. Izquierda, derecha, despacio, cuidado. Si acaso hubo algún comentario suelto de Berta acerca de algo que vio por la ventana y al que nadie le prestó atención. Compran unas flores que elige Oliva y paga César. Después caminan hasta la bóveda que acoge a la tumba de la madre. Gilberto le recibe las flores secas a Berta, quien se queda arreglando un ramo con las nuevas. Ella es la primera que llora con un gemidito fácil, suave. Lo hace con la misma naturalidad con la que sus días saltan entre la consciencia y el delirio. Gilberto se contagia y la releva frente a la lápida cuando ella se va a dar una vuelta. Él llora como pidiendo perdón. Todo lo hace como si pidiera perdón por su existencia. Entretanto, a un par de metros entre él y al doble entre sí, Oliva y César lo miran sin mirarse.

A su turno, César se inclina sobre la lápida y empieza un monólogo gutural que nadie entiende, palabras ahogadas que se resquebrajan a medida que avanza. Cuando está a punto de ceder el dique que contiene sus lágrimas, se incorpora con un gesto orgulloso y se retira varias zancadas a fumar un cigarrillo de espaldas a los demás. Queda el camino libre para que Oliva caiga en sus rodillas y se desborde en un plañido carente de pudor. Sus lamentos alcanzan los corredores aledaños, pasillos con vocación de laberinto.

Una vez saciados, todos se quedan en silencio. Miran el cuadro de mármol como si estuvieran frente a la pantalla opaca de un televisor apagado. Cuando una sombra parte la lápida y divide el nombre de la madre grabado en la piedra, emprenden la retirada. Antes de llegar a un portal enrejado que reparte dos hileras de cipreses, César habla a la nada hablándoles a los demás. Haciendo con su mano un alero innecesario sobre sus cejas, comenta el grado infernal de calor. Los otros asienten y comentan algo parecido, redundante o complementario, da igual. Es en lo único en que se permiten mostrarse de acuerdo hace años.

Sentados en fila en unos escalones, como solía acomodarlos la madre cuando eran niños, comen salpicón. Ven a la gente pasar. Los que viven aquí y los que viven allá, en este instante todos acá. Berta recolecta los vasos plásticos cuando están vacíos, los deposita en una caneca cercana y se suben al Monza. César ejecuta las instrucciones que Gilberto repite sin mayores variaciones pero en sentido contrario. De regreso al barrio, ya la luz está tan débil que se frena completamente en las copas de los árboles. Dejan a Oliva en la esquina donde se subió. Gilberto continúa hasta la casa que antes era suya también pero que ahora es solamente de César y Berta. Todavía le falta guardar el carro en el garaje, donde hibernará hasta dentro de dos semanas. Dos semanas en la que permanecerán unos aquí y otros allá.



Yo, dueño de una multinacional papelera

por CAMILO ALZATE

Fotografías: Rodrigo Grajales

1

La mañana del 4 de mayo de 2001 un hombrecito moreno y despeinado se sacaba sus gafas de cristal ancho como culos de botella, antes de echarle sorbos al café insípido, desabrido, mientras ojeaba los escaparates céntricos de Dublín. Inexplicablemente se rio. Qué curioso, le regocijaba esa ciudad húmeda, parroquial pero de un extraño sentido contemporáneo. Esos *pubs* en los que cualquier borracho contaba leyendas de mil años atrás como si hubiesen sucedido apenas la última semana. Ancianos de ochenta reunidos con adolescentes a bogar barriles de cerveza agria. Repertorios de calles adoquinadas guardando muros de ladrillo en los que orinó borracho Samuel Beckett, pórticos y ventanales de los tiempos de Stephen Dédalus y Leopold Bloom (también borrachos). Tan helada aunque alegre, tan marginal aunque europea. Tan rebelde.

Es Dublín. Es Irlanda. Es el 4 de mayo de 2001.

Ese hombrecito no sabía lo que le seducía; el whisky, la cerveza negra, las irlandesas rubias, el desquiciado júbilo de este pueblo de eternos bárbaros civilizados. "Los irlandeses están locos", piensa que pensó entonces: "Todos rematadamente locos".

Tragando el reposado del café evocó cumbres mojadas de neblina. Descuidado, alisó sobre su rodilla el traje formal prestado para el caso, que encajó vaya a ver cómo entre hombros, ingresando al lujoso salón. Enfundaba una carpeta gorda de documentos y cifras, de fotografías y prensa recortada, manifiestos, pliegos desordenados. El sabor de la última sonrisa todavía envolvía el del café cuando flaco, despeinado, morenito, plantaba cara tronando duro en la mitad de la asamblea anual de accionistas del conglomerado papelero más grande del mundo: el Jefferson Smurfit Group.

—Las acciones de esta compañía que ustedes poseen deberían arder en sus manos y pesar en sus conciencias —palpitaba convencido— porque esas ganancias se obtienen contra el futuro de la humanidad…

Multitud de ojos con asombro se desplazaron del que tenía que ser el foco normal de la reunión sentado enfrente, Michael Smurfit (presidente de la compañía, hijo del fundador, accionista mayoritario), para fijarse en aquel colombiano raro que con su exquisito inglés denunciaba la quema de bosques tropicales vírgenes arrasados por retroexcavadoras y winches, pintaba montañas yermas donde los campesinos quedaron incomunicados entre latifundios forestales inabarcables, explicaba los impactos terribles de la acidificación de los suelos, de aquellos ríos ahogados por coníferas, de los eucaliptos que desplazaron a los animales de monte.

—¿Acaso…? —La mirada valiente volteó el auditorio entero— ¿Acaso la dignidad humana y la naturaleza valen menos en Colombia que en Irlanda?

A continuación seguiría un bullicio mediático que acaparó esa semana la televisión irlandesa y saturó periódicos como el *Irish Independent*, *The Sunday Times*, el *Examiner* y el *Sunday Tribune*. Quiero imaginar el despelote. Quiero ver aquel recinto lleno que exige explicaciones parloteando al tiempo. Quiero palpar las venas brotadas en el cuello de los ejecutivos adelante. *The Irish Times* tituló que Smurfit reñía con una "asamblea anual hostil". Los socios criticaron fuertemente los altos salarios de los directivos, la mayoría miembros de la familia fundadora. A causa de una legislación reciente se había revelado poco antes que Michael Smurfit devengó 6,5 millones de euros de sueldo el año anterior. Una señora accionista, de buena voluntad, ofreció disculpas y algunas libras de compensación al colombiano despeinado que seguía levantando la mano mencionando selvas tropicales milenarias taladas, ríos secos, obreros explotados al otro lado del océano. La señora insistía en que recibiera sus compensaciones. "Con esto", piensa que pensó entonces, "no pago ni el café desabrido de esta mañana". Michael Smurfit, atacado en su guarida, desencajado salió de casillas:

—Somos una compañía muy respetable. De hecho, recientemente he recibido una carta del presidente de Colombia felicitándonos.

Un día después, 5 de mayo, nada menos que el *New York Times* reseñaba con parodia ese alboroto: "Lejos quedaron aquellos días cuando las asambleas anuales de las compañías irlandesas eran plácidos coloquios, a los que asistían jubilados más interesados en los sánduches gratis que en las cuentas financieras de la empresa".

El hombrecito flaco, acompañado por la eurodiputada Patricia McKenna, abandonaba Dublín tras una carrera de película de espionaje. "Puede que fuera paranoia", piensa que pensó, "pero yo sentía que me perseguían, hermano".

Tomó buses aleatorios. Dobló esquinas, callejones, muros donde antes orinaron borrachos Beckett y Bloom y Dédalus y Joyce juntos. Subió a un taxi siguiendo rutas absurdas. Lo soltó. Subió a otro. Traspasó el mar en ferry, pisó costa inglesa, trepó al primer avión que pudo y ya volando, sonrió. Pensaba que esa gente tenía cómo mover hilos muy delicados para ensuciarlo, qué sabe uno, por ejemplo enviando una patrulla de policías a empacarle en la mochila un kilo de cualquier sustancia blanca prohibida, como puesta en escena para fingir una detención. Los titulares del *Irish Times*, sin duda, habrían sido diferentes.

¿Quién era el despeinado de gafas, ese que le robó el show al amo del mayor emporio multinacional irlandés? Pues ese hombre curtido, nacido y criado en el municipio cafetero de Calarcá, caminante irredimible de charla deliciosa, era otro propietario de la multinacional papelera más grande del mundo, aunque no tanto como Mr. Smurfit, ni como la señora de las disculpas.

Era Néstor Jaime Ocampo, poseedor de una única acción del Jefferson Smurfit Group, adquirida a su nombre por un colectivo de solidaridad con Latinoamérica en Irlanda. Una única acción que aún conserva, la que consiguió colarlo a la asamblea jodiendo los agasajos al emperador del cartón, ese 4 de mayo cuando la boca le sabía a café, a sonrisas.

2

En 1986 el Jefferson Smurfit Group se hizo al control mayoritario de Cartón de Colombia, una gran empresa en negocios de pulpa de papel y plantaciones forestales fundada en 1944 por inversionistas antioqueños en alianza con capital norteamericano. Cartón de Colombia comenzó fabricando cajas corrugadas, plegados y diversos empaques de fibra larga para abastecer una reciente demanda industrial en el país; vendía sus productos a confeccionistas, cementeras, fábricas de comestibles, harineras, exportadores de banano. Poco a poco la élite empresarial comprendía las ventajas de reemplazar pesados y costosos cajones de madera por cartón que cumplía además funciones de publicidad, pues llevaba impreso el logotipo de marcas y mercancías.

En los primeros años de operación Cartón de Colombia trabajó con pulpa importada de potencias madereras como Finlandia. Construyeron su planta principal junto al río Cauca en Puerto Isaacs (Yumbo). Pronto ciertas condiciones abrieron la posibilidad de encajar una economía de escala, asegurando un prominente futuro a la actividad forestal en el país: la empresa podría abastecerse de madera local gracias a las extensas selvas baldías del litoral Pacífico, relativamente cercanas de la planta procesadora.

Los negros del litoral vieron una pequeña avioneta cortando nubes "desde Cabo Corrientes hasta el río Mira", según anota Hernán Cortés Botero, veterano vicepresidente de la empresa. Eran expertos que hacían reconocimiento de las selvas y su geografía, "lo cual condujo a escoger la zona del Bajo Calima por su ubicación estratégica en relación con el sitio de la fábrica, procedimiento complementado con la intensa investigación de las especies arbóreas existentes", concluye Cortés en un libro conmemorativo.

Los gobiernos de turno otorgaron a la empresa concesiones sobre bosques vírgenes en aquella vasta región al norte del puerto de Buenaventura. Cartón de Colombia recibió quince mil hectáreas en 1957; veinticinco mil en 1962; 11.710 en 1970; y finalmente sesenta mil en 1974. Una superficie tan grande que supera casi dos veces el territorio de Holanda. No era baldía como se afirmaba, pues lleva siglos ocupada por comunidades afrodescendientes e indígenas que terminaron trabajando en aserríos a destajo para la multinacional. Hasta 1993, cuando abandonó la concesión, la empresa arrasó todo lo que pudo cortando troncos tan compactos como los del manglar, que no son útiles elaborando papel. Hoy se jactan de haber sido la primera papelera del mundo que consiguió producir pulpa a partir de maderas duras tropicales.

Fue en 1969 cuando la Reforestadora del Cauca, filial de Cartón, emprendió siembras de pinos en la finca Chullipauta entre Popayán y el municipio de Cajibío. Este modelo se extendió rápidamente por el suroccidente del país a través de contratistas, arriendos de fincas o compra directa de tierras. La compañía aprobó en 1974 su plan forestal para adquirir treinta mil hectáreas en un lapso de quince años. Eric Leupin, que era cónsul holandés en Colombia, fue de los primeros subcontratistas asociados. A enero de 1975 así marchaba su negocio sobre mil seiscientas hectáreas de cañadas vírgenes, arriba de la cordillera Central por el pueblo indígena de Inzá (Cauca):

"Había dos factores que me llevaban a creer que la compañía tenía un buen futuro: las ventas de madera estaban aseguradas y los permisos para explotar los bosques ya habían sido aprobados por el gobierno. Las ventas estaban respaldadas por un contrato firmado entre la productora de pulpa y Reforestaciones Ltda., que estipulaba la compra de cien mil toneladas de madera a un precio previamente negociado (…) el volumen total de madera para entrega podría ser ampliado para cubrir toda la madera disponible en la propiedad de la empresa que se estimaba en 230 mil toneladas aproximadamente".

La tala de la selva andina anticipó la siembra de plántulas de pino, aportadas directamente por Cartón de Colombia. En la mayoría de casos la propia multinacional adquiría terrenos boscosos o haciendas ganaderas poco productivas en tierra fría, por precios muy bajos. Luego las pineras lo invadían todo. Hacia 1989 la compañía no solo había dejado ya de importar pulpa sino que además podía prescindir de la madera proveniente de la concesión selvática: alcanzaba a autoabastecerse por completo de sus plantaciones de coníferas. Por entonces comenzaron a experimentar con los primeros brotes de eucalipto clonado.

De las 104 mil hectáreas de plantaciones y bosques nativos que la multinacional asegura poseer en todo el mundo (Venezuela, Colombia, Francia, España), 68.534 hectáreas oficialmente se encuentran entre las cordilleras Central y Occidental de los Andes colombianos. El activo forestal "más importante" de esta empresa, en palabras de sus directivos.

3

Néstor no era dueño de todo eso. Todavía no.

Antes fue muchas cosas. Fue el pequeñín campesino que cuidaba la incipiente reserva forestal del Alto Navarco con su abuelo, primer guardabosque del Quindío y quizá del antiguo departamento de Caldas. Después era el mochilero peludo que viajaba de *autostop* por las carreteras de los años sesenta. Fue alumno de la Facultad de Ingenierías en el turbulento 1971 cuando la Universidad Nacional de Bogotá parecía epicentro de todas las revoluciones de la historia. Jamás se graduaría de ingeniero mecánico. En cambio, asesoró a la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, compartiendo sudores y fatigas con sus paisanos jornaleros que paralizaron la producción cafetera. Fue entusiasta participante de un movimiento ecológico nacional que floreció cuando en el pequeño caserío de La Suiza, cerca de Pereira, sucedía el congreso de Ecogente en 1983.

Fue hijo. Fue hermano. Fue amante. Fue compañero. Una vez se vio a sí mismo vendiendo morrales y tiendas de campaña para sobrevivir, porque había sido padre.

Néstor Ocampo fue, sobre todo, lo que sigue siendo: un caminante.

—Arrancamos con el cuento de la ecología en los ochenta. No teníamos claro cómo era eso, pensábamos que cuidar la naturaleza era recoger las basuras, sembrar arbolitos, algo más de buenas intenciones; no había una comprensión profunda de los problemas ambientales. En 1987 creamos la Fundación Ecológica Cosmos en Calarcá. Es coincidencia, fue el mismo año que llegó la Reforestadora Andina.

Vaya tiempo de correr todo el país alborotando avisperos con otros dos pioneros de la materia: Néstor Velásquez y Luis Alberto Ossa. Apenas se tomaba conciencia de la severa crisis ambiental en que andaba metido el mundo. Mientras la izquierda pasaba su peor trance, la ecología surgía como disciplina poderosa. Una semana llamaban la atención sobre la desaparición de las selvas de Caucasia, en Antioquia, por la presión ganadera; otra, mostraban el daño que las trucheras causan al torrente del Quindío; luego viajaban a Calima-Darién, Valle del Cauca, para constatar el impacto nocivo de las primeras plantaciones forestales; después, descubrían el daño que el café caturro estaba haciendo a los suelos volcánicos del eje cafetero. Y así.

El 1 de noviembre de 1987 Néstor Ocampo se sentaba solo en una casa alquilada, vacía, frente a un escritorio vacío, a dedicarse por completo sin saber muy bien a qué; limpiar el río los fines de semana, adelantar jornadas de reciclaje, reforestar las fuentes de agua de Calarcá, planear caminatas educativas. Jamás volvió a pisar su taller de morrales e implementos de *camping*.

—Una vez, caminando por la trocha que va de Calarcá a Salento, arriba de la montaña nos encontramos esa gente haciendo daños.

A lo largo de una década estos tempranos ecologistas habían sido testigos de la invasión de las coníferas y los eucaliptos al Quindío. Contemplaban con impotencia cómo la filial local de Smurfit-Cartón de Colombia ocupaba enormes extensiones que antes habían sido bosques nativos o zonas de producción agrícola en la cordillera. Con frecuencia pillaban los operarios de la Reforestadora Andina tumbando el monte o realizando quemas prohibidas para ahorrar trabajo al despejar lotes de siembra y cosecha. A lo largo de esa década, cada año la Fundación Ecológica Cosmos interpuso demandas formales contra la Reforestadora Andina ante la autoridad ambiental del departamento, la Corporación Autónoma Regional del Quindío. Esas demandas nunca prosperaron.

Cierta tarde de 1994 irrumpieron a la Fundación varios campesinos todavía sudorosos calzados en botas pantaneras. Habían descolgado desde la montaña en la vereda La Palmera.

—Hermano, viera lo que está pasando arriba —advirtieron a Néstor—, hay un incendio el berraco allá donde estaban esas pineras.

En el primer jeep que consiguió con un compañero fotógrafo de la Fundación, Ocampo se le tiró a la montaña. Encontraron veinticinco hectáreas a pleno fuego encima de una plantación de pinos recién cosechada. "Yo no podía creer esa vaina". Recuerda que bajó directo donde el responsable de la Corporación Autónoma, para sentenciarlo:

—Este año no vamos a denunciar a la multinacional. Los vamos a denunciar a ustedes. ¿A nombre de quién mando la carta? ¿A nombre suyo?

4

Más fácil si miramos fotos antiguas.

Hay varias donde sobresale la sonrisa escandalosa de César Gaviria Trujillo cuando era jovencísimo presidente de la república; se frunce entregándole la Cruz de Boyacá a Michael Smurfit durante una ceremonia en Cali; carcajea pasando un cóctel con los socios de la multinacional. Es 1994. Por ahí anda también el barón conservador del Valle, Carlos Holguín Sardi.

Época distinta. A blanco y negro se aprecia cómo Adolfo Carvajal soba la mano de Alan Smurfit, hermano de Michael. El Grupo Carvajal, entramado empresarial del Valle del Cauca ligado a negocios editoriales, es accionista minoritario importante desde que don Manuel Carvajal participara en la fundación de Cartón de Colombia en 1944.

Instantáneas de los sesenta: figuran sentados miembros de las familias fundadoras Carvajal y Uribe Gómez —accionistas nacionales— con el ministro de hacienda de ese tiempo, Luis Fernando Echavarría, junto a ejecutivos norteamericanos. Otra imagen muestra en primera fila al comandante militar de la tercera brigada de entonces, general Bernardo Lema, caminando con el gobernador del Valle del Cauca, Raúl Orejuela. Con ellos va Gustavo Gómez Franco, hombre fuerte de la compañía en Colombia. Veremos al señor Gómez Franco con el primer ministro de Irlanda, Albert Reynolds, o inaugurando una escuelita (logo de Smurfit pintado en la pared). Lo veremos sembrando arbolitos, participando en convenciones internacionales, probando whisky con Nicanor Restrepo, capitán del Grupo Económico Antioqueño. Lo veremos junto al director del Instituto Nacional de Recursos Naturales, junto al ministro de desarrollo, con las autoridades civiles, con las autoridades militares, con los curas, con los científicos, con los pintores, con las señoras, con los bebés, con los ciclistas, con un equipo de futbol, con políticos que eligen su color o su partido según cada cuatro años.

Estampa memorable: 1953, el presidente de la república Roberto Urdaneta —sombrero y corbatín— inaugura con técnicos extranjeros uno de los molinos procesadores de pulpa en la fábrica de Yumbo, diseñada nada menos que por el célebre arquitecto Walter Gropius.

Otra: 1974, el presidente de la república Misael Pastrana sirve de testigo para unas escrituras públicas conformando una entidad mixta de investigaciones forestales.

Otra más: julio de 2002, treinta compañías multinacionales —Cartón de Colombia incluida— organizan una reunión de respaldo al recién electo candidato Álvaro Uribe Vélez, al que donaron dinero para sus dos campañas presidenciales.

Así es más fácil.

Setenta años. Cartón de Colombia con los presidentes. Cartón de Colombia con los candidatos. Cartón de Colombia con los militares. Cartón de Colombia con los políticos. Cartón de Colombia con los empresarios. Cartón de Colombia con la iglesia. Todos cambian. La multinacional permanece… UC

Este es un fragmento del libro Monte Arriba. Relatos de montañeros y conflictos ambientales en el eje cafetero, *que incluye crónicas de Julián Arias y Camilo Alzate, con fotografías de Rodrigo Grajales.*

Las cuerdas bajan calzones

El sexo es cosa seria, los cuerpos materia inflamable y el deseo, combustible de lanzallamas.
Helen Torres

por MARÍA ISABEL NARANJO

Fotografías: Andrés Ríos

El cuerpo de ella, atado con un traje de nudos rojos, gravita sobre un pequeño escenario de *leds* que se ve desde la calle. Su brazo derecho tatuado con escamas se extiende hacia el piso. Sus enormes caderas amarradas buscan una posición de descanso. Sus senos constreñidos por las cuerdas, como si los halaran de las punticas, se riegan sobre su pecho. Su rostro extasiado cuelga del cuello estirado. Susy ve todo al revés.

Ve al revés al instructor, pelo cano, ojos pequeños, saltones, lúbricos, cuando se para en jarras, pies abiertos, se quita la camisa y dice "de cucho no tengo sino el pelo porque de resto… vea", y exhibe su pecho hinchado, sus brazos fornidos y su espalda amplia. Todo recién afeitado. Cuando termina de decir la frase sus manos grandes, con palmas ásperas, vuelven a los nudos para asegurar el anclaje de pies que acaba de hacerle a ella.

Hace cuatro horas, cuando apenas llegábamos al taller de bondage, Susy dijo sin pena que era su primera vez. También era la primera vez de su novio, Norman, y ahí está parado, con el torso anudado con un lazo de veinte metros de fibra de yute, mirando cómo a Susy le cuelga ese pelito mono y rosado de su cabeza.

"Se desnudó solita y le vi las cicatrices", dice la canción que se escucha en el salón de paredes altas, separadas por un tronco de madera que soporta el techo inclinado y el peso de las cuerdas que sostienen el cuerpo. Así, solita, cuando el *shibari* estuvo ajustado a su cintura pequeña, y los nudos tocaban ese huequito donde se articulan las clavículas con el esternón, y ese punto donde parecen tocarse la columna vertebral y el páncreas, la zona de la pelvis donde se conectan los nervios, se fue quitando la blusa, primero, los brasieres negros con encaje, después.

A las ocho de la noche los nudos que intentábamos hacer siguiendo las indicaciones de Gozo Vital parecían un taller de *boy scouts* en el que aprendíamos a armar arneses para bajar en rapel la piedra de El Peñol. Pero la desnudez de Susy debajo de las cuerdas rojas ha cambiado el sabor de la cerveza, más dulce, ha variado la música, más sensual, y yo no sé si ahora debo quitarme la camisa y sentir como ella la mirada lasciva de Norman y las cámaras con sus flashes sobre mis teticas.

***

Desde hace un mes, el segundo piso de una *sex shop* en toda la avenida 80 se convirtió en una sala de teatro erótico, un bar con mesas sobre las que hay libros de dramaturgia del porno y literatura erótica y una galería de curación de arte BDSM (bondage, disciplina y dominación, sumisión y sadismo, y masoquismo). Un espacio para experimentar, aprender, leer y hablar del sexo sin tabú.

Hoy es martes de bondage. Llego con un taxista que me pregunta si a esa hora, siete de la noche, tengo cita para comer en Mario Bross. La cita es al lado, sin comida, respondo, y le pago la carrera. El viejo me mira intrigado. Yo entro por primera vez, digna, a una tienda de sexo.

Me reciben dos caras sonrientes con uniforme de la tienda y me indican el camino. La blancura del primer piso con paredes cubiertas de consoladores, vaginas de látex, lencería y vitrinas con aceites lubricantes y pastillas de viagra contrasta con las escaleras negras que conducen a la segunda planta. Están tapizadas con una felpa vinotinto y rodeadas por una pared forrada con una mujer de cuatro metros, semidesnuda, tocándose la boca. Al final de las escaleras hay una pared roja con un letrero: "Sala Sentidos", y un sofá victoriano.

Sobre el sofá rojo hay todo tipo de sogas, de fibras naturales de yute, cáñamo y fique y sintéticas de polipropileno y nylon. Hay cortas y largas, con calibres de seis a doce milímetros, entorchadas, rugosas, lisas, verdes, rojas, cafés… Atadas todas, unas sobre otras, dispuestas para el taller.

A la derecha, alrededor de una mesa, un hombre de unos cincuenta años y con el pelo alborotado conversa con dos pelados, Andrés y Daniel, de 20 y 27, socios mayoritarios. "¡Gozo!", digo pasito, y él se voltea con los ojos brillantes, la barba blanca de dos meses que le ha nacido en la cara, los brazos abiertos, y dice como si me conociera:

—Te estábamos esperando, Maariii. Me abraza.

Separa un par de sillas de una mesa y las arrima a otra donde hay un cuarentón tomando una cerveza. Con la mano le hace señas a una parejita de treintañeros, con chaquetas de Polo Acuático Medellín 87, para que vengan.

—Empecemos por presentarnos —dice Gozo.

Mira al hombre de cuarenta que todavía toma una cerveza, dándole la palabra.

—Me llamo Sergio, soy bogotano pero vivo acá hace cinco años. Profesor de química. Tuve una pareja sado y con ella descubrí la sensación de estar atado.

Parece un hombre solitario, es medio calvo, tiene una sonrisa tierna, y más tarde se dará cuenta de que tiene manos torpes para los amarres.

Gozo mira con una sonrisa a la pareja estrella.

—Yo soy Norman —y no dice más.

No lo necesita. Es un ejemplar vikingo subacuático con músculos que se marcan sin prepotencia cuando hace fuerza con las cuerdas.

—Norman es un amigo de hace años —interrumpe el silencio Gozo—, un nadador que era flaquito y miren, ya es un putas como entrenador de waterpolo.

Norman se ríe y mira a su novia.

—Yo soy Susana y… —sonríe— estoy acá porque tengo curiosidad.

Cuando se quite la chaqueta dejará ver el dragón tatuado que tiene en la espalda, los brazos largos fortalecidos por las telas; el vientre firme y las caderas duras de tanto hacer maromas en los tubos de *pool dance*.

—¿Y tú? —me mira curioso.

—¿Yo? —pensé un rato—. Vine a escribir —y saqué del bolso mi pluma y mi libreta.

—Pero si estás acá es porque alguna piquiñita tenés por ahí —dice Gozo con un gesto malicioso que me sonroja.

***

"Soy instructor de alta montaña y durante treinta años fui competidor de alto rendimiento de rugby subacuático. Siempre he sido muy sexual. Siempre he sido muy lascivo. Muy fuerte, muy hedonista, muy sádico, muy dominante. Muchos dicen que soy un pervertido y sí, lo soy. Soy un pervertido recalcitrado y viejo. El que me digan ¡no! me excita más. Gozo Vital tiene la mitad de la vida que tiene Camilo Goez. Gozo, que era el señor Hyde, ahora es el doctor Jekill que sale a la calle como alguien reconocido, respetable y tan íntegro que puede decirles: ¡¡¡Putaaa!!! Me encantan las perversiones y sé que a ustedes también, pero no lo admiten porque se rigen por una cultura, por un Estado, por una sociedad, por unas normas. ¡Yo soy la norma! Me gusta el dominio, la anarquía, la violencia. Me gusta la pedagogía, Jean Piaget, Vigotsky, el constructivismo, y por eso comparto lo que sé hacer. Hay un mito que dice que en una sesión de bondage abusé de treinta mujeres, pero son habladurías. El que lo dice no sabe que acá hay un contrato oral que hacemos antes de iniciar cualquier sesión y el mío dice: "¿A qué estás dispuesta a someterte después de estar amarrada? Te puedo tocar. Lamer. Chupar. Morder. Meter. Besar. Azotar. Penetrar". Eso sí, si no te puedo tocar, el contrato se rompe".

***

En la sala roja se escucha salsa, rock, blues, jazz, y las cuerdas de yute colgando del techo esperan con paciencia que el grupo de curiosos haga por fin lo que intenta desde hace tres horas.

En montoncitos, sobre las mesas, están los libros de *Historia de la pornografía*, *Justine*, *Excitante Pamela*, *Teléfono Erótico*, *Las buscadoras de fantasía*. Las chaquetas que todos llevábamos puestas descansan en el espaldar de las sillas, y el calor ya destapó varias cervezas que están medio llenas.

Al lado, en el único salón blanco que hay en el segundo piso, Severina —pelo negro, recogido, base rapada, chanclas, camisa ancha—, director de Afronautas de Latina Stereo, tiene regadas en el piso fotografías de mujeres con látigos, penes erectos, vaginas abiertas y chorreantes con las que planea la próxima exposición de BDSM.

Aunque el cerebro entienda todo al revés, tratamos de seguir las instrucciones del nudo de ocho, de nueve, el corredizo, la vuelta de ballestrinque, el cuello de garza, las sillas suizas y los anclajes de seguridad. Escuchamos atentos:

—Las cuerdas tienen seno y cabo —explica Gozo—. La parte activa es la que se mueve y la pasiva la que se queda quieta, así.

Susy y Norman siempre van más adelante.

—Me perdí —les digo.

—Este es el ballestrinque, pero cuando se baja el prepucio tiene otro nombre —dice Susy.

—¡¿El quéee?! —me río.

Ella también.

Sergio siempre va más atrás e intenta explicarme lo poco que comprende. Viendo cómo se equivoca logro hacer mi primer nudo. ¡Es magia! Celebro sola.

Naty y su novio fotógrafo se han unido a la sesión. Él saca su cámara con juego de luces y flashes para hacer fotos del taller. Ella, una nenita de casa con chispa en los ojos, se angustia tratando de hacer un nudo o el otro, y mira sin consuelo a los adelantados que ya logramos dos.

—Ahora hagamos el arnés básico de cintura. Este amarre fue inventado para los escaladores de los Alpes suizos —dice Gozo.

Cuando me amarren la silla suiza, que no aprendí a armar, y esté a un metro y medio del piso, Gozo me enseñará el famoso anclaje de seguridad. Para hacerlo me mostrará el orden en el que debo cruzar las cuerdas, paso a paso. Pero cuando sea mi turno, mi cuerpo caerá libremente a una velocidad de nueve metros por segundo al cuadrado, y Gozo dirá "¡te tengo!", con el corazón en la boca y un sudorcito mojándole frente.

El susto pasa cuando mi cuerpo se mueve en el aire, libre, como si no hubiera amarres. Por primera vez en la vida puedo tocar mi cabeza con los pies y cuando lo hago la blusa se me corre hasta el pecho. La redondez de vientre desnudo se exhibe ante los ojos que buscan qué puede verse entre mis pantalones.

A un metro y medio del piso veo todo al revés y pienso: "¿Por qué alguien no me lo había hecho antes?".

***

—Todos somos cuerdas.

Me dice en una conversación improvisada que armamos en la mesa que sacó afuera del local la segunda noche.

Lo supo cuando la hemorragia de su brazo derecho se detuvo y pudo ver su músculo abierto y dos tendones cortados. Fue un accidente con una pulidora caliente que brincó a su antebrazo después de cortar una varilla de cinco octavos. Con la tranquilidad de un rescatista pensó: "¿Qué pude haberme cortado?", mientras movía los dedos de su muñeca.

—Lo único que no se movía era el tendón que enrollaba mis dedos. Y ahí lo supe. Fue una iluminación. Las cuerdas están en teorías de física cuántica, en el cordón umbilical, en la historia de las parcas…

Gozo lleva puesta una camiseta blanca con la cara loca de Jack Nicholson en *El resplandor* mirando una cuerda. Se para de la silla para acercarme hasta las narices su cintura y demostrarme que es cierto que siempre lleva una cinta de seguridad en lugar de una correa y luego trata de convencerme de que sus cordones sirven hasta para hacer hamacas.

Para él, todo lo que tenga que ver con amarres es bondage: un nudo de zapato, cogerse el pelo, inmovilizar un herido, los brasieres.

—Llegué al bondage sin saber que era bondage, a los doce años. Un día estaba castigado y me bajé por un lazo del balcón del segundo piso de mi casa en Carlos E. Y eso me gustó tanto que lo seguimos haciendo en los balcones de otros amigos. Era como especie de *parkour* urbano.

Fue el diseño de modas el que lo llevó a explorar con el *shibari* y la erotización de las cuerdas. Después de una carrera como asesor en seguridad industrial y rescate, una diseñadora de modas le dijo que el nudo podía ser artístico y lo invitó a una clase de accesorios.

—Olvidate de resistencias y durabilidad y metete en lo estético —le dijo.

Gozo terminó haciendo *shibari*.

***

La música de Edson Velandia suena cuando Gozo coge del sofá veinte metros de una cuerda roja de polipropileno.

"¿Usté con semejante panela y no la pone a derretir? ¿Tons qué mamita?… ¿Me da de usté o yo le doy de mí?", dice la canción.

Se para enfrente de mí y hace cuatro nudos de ocho verticalmente: sobre el timo, el estómago, el ombligo y el pubis. Mete las puntas entre mis piernas, atraviesa el arnés y las sube de nuevo. Siento su respiración en mi cuello.

—¿Por qué no te la quitas? —me dice Gozo cuando las cuerdas se enredan en mi blusa y dificultan el amarre.

No digo nada.

Me pone de espaldas, con los pies abiertos, y con lo que queda de cuerda sujeta mi pecho. Duro. Suave. Baja. Ahora están apretados el estómago contra mi espalda y el pubis contra mis nalgas. Presiones inesperadas en las glándulas de Skene. Siento cómo mojo mis calzones de algodón rosado, un poquito. Cómo sube el calor que sonroja mi cara y cómo se riegan unas cosquillas pequeñitas por todo mi cuerpo.

—¿Qué es esto? —pienso. Y Gozo, como si leyera mi mente:

—Las cuerdas bajan calzones, Mari —y remata con un beso caliente en mi cuello.

También les dijo ¿por qué no te la quitas? a Susy y a Naty después de terminar el *shibari* de cada una. La primera se fue quitando la blusa como si fuera una orden, y después la otra, con más confianza. Ahora están semidesnudas paseándose por el salón mirando cómo Gozo hace los nudos de Sergio y Norman.

En ese ambiente erotizado Susy se quita el brasier negro con encaje y lo tira sobre una mesa. Pone cara de perrita y soba el pene de Norman agrandado por las cuerdas. Le muerde una y otra vez las tetillas, le lame la boca, el cuello, las orejas, le agarra las nalgas y le susurra cochinadas al oído. Se lo quiere comer. Ya mismo.

***

El nombre de Gozo Vital nació en el primer portal donde Camilo Goez investigaba sobre sexualidad alternativa y *swinger*. Era su perversión oculta.

No daba entrevistas, no se mostraba en redes. Pero después de subir su material a internet, en páginas como Fet Life, muchos comenzaron a preguntarle cómo podían compartir esa parafilia.

Hace un año y medio, Antonio Úsuga, director del grupo de teatro Divina Obscenidad, le pidió que lo acompañara a una charla que se llamó *Nudos y desnudos*. Y funcionó. La gente comenzó a llamarlo más.

Antonio le dijo:

—Usted puede seguir haciendo lo que hace así, oculto, pero si lo mete en la plataforma del arte, se convierte en un artista.

Entonces, inspirado en la desobediencia, pensó:

—Si me convierto en artista no tiene por qué ser oculto. Si no es oculto puedo peliar contra el tabú. Y si puedo peliar contra el tabú, puedo convertirlo en cultura.

***

Las luces blancas del escenario están encendidas y el lente del fotógrafo captura un performance erótico improvisado al lado de la ventana enorme que da sobre la avenida 80.

En la calle veo cómo la lluvia de yute cae sobre el cuerpo desnudo de Susy, contorsionado por las cuerdas. Fumo un cigarro para bajar la temperatura, meditando si me quito o no la blusa.

Subo al segundo piso de nuevo y me llevan de la mano sobre el escenario.

—¿Por qué no te quitas la blusa? —insiste, y me susurra al oído las palabras del contrato.

No lo hice. Por pena. Por miedo. No sé.

Pero fue ahí, suspendida en el aire, cuando sucedió algo de lo que me habló la segunda noche: la transverberación, una sensación de fuego que atraviesa el corazón.

Un diccionario de postales citadinas que hará parte de *El libro de los barrios,* un proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana en coedición con Universo Centro. Aquí algunas letras.

ABC barrio

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Barbacoas

Desde que se pasó a vivir sola a este sótano, para hacer sus esculturas, muchas veces se ha entretenido mirando los pies que pasan por los ventanucos que traen la luz de esa calle. La imagen le recuerda una película que vio hace años en el Teatro Libia. Son los pasos que pasan, a veces cojitrancos, de ancianos bebedores de alcohol Alhelí; son tacones de las puticas que regresan a dormir en las pensiones, o de algún travesti ultrajado que apreta su cartera con un Pielroja hecho trizas: nada para quemar el tiempo.

Y aparte de unas cuantas partidas, precipitadas por algún cuchillo o una bala perdida, también recuerda esa mañana de domingo en la que cerraron la calle; nadie podía entrar ni salir. No era por allanamiento o las requisas de rutina. Era el papa Wojtyla que venía a dar misa en la catedral.

Domingo

Hace rato que las ciudades de hierro dejaron de venir a la ciudad. Eran tan frecuentes como los circos. Instalaban enormes ruedas de Chicago, pistas de carros chocones, licuadoras para emborrachar a los niños. Olía a crispeta y a algodón de azúcar. Sonaban disparos de rifles de aire que apuntaban a las liebres de madera. Hoy domingo lo común es ver un Nissan viejo que trae remolcado un carrusel hasta el parque del barrio. Un hombre forzudo, de overol verde y dulceabrigo, pone a girar el redondel con los caballos. Vuelta tras vuelta, a puro músculo, el hombre va imprimiéndole más ritmo a eso que en España llaman el tiovivo.

Un papá divorciado ha venido a darle el paseo al chiquito que vive con la madre. Se toman una foto chupando cono antes de devolverlo a su casa para que haga las tareas. "Ojalá no se olvide de mí", piensa el papá, ya solo, en el taxi de regreso.

El Rincón

Belén Rincón parecía otro pueblo de montaña, con plaza central, iglesia y cantina. Había casas de obreros, tejares y pequeñas fábricas de arepas. Algunos muchachos también servían como *caddies* en el club El Rodeo. Eran célebres los collares de arepas para coronar al bufón de turno, a la reina de la cuadra, al ciclista campeón. De los barrancos bermejos las máquinas raspaban hasta el último terrón de arcilla para hacer tejas y ladrillos. En una de aquellas labores hallaron los restos de un saurio prehistórico. Vinieron sabios de la capital y armaron el esqueleto, lo miraron por todos lados, se lo llevaron para que otros, más sabios que ellos, también lo miraran. No se supo más de él, como si se hubiera extinguido por segunda vez.

En Semana Santa ponían en escena la pasión de Cristo con actores del lugar. Uno de ellos era un mono alto y trigueño, de ojos zarcos. Decían que se parecía mucho a Enrique Rambal, el actor de *El mártir del calvario*. El muchacho se cansó de hacer de Cristo cada año y se largó. Ya le habían levantado cuentos maliciosos con el cura que lo llevaba a dar vueltas en su campero.

El Rincón tenía un calor local, cierta nostalgia campesina, irrecuperable, como las canciones de Carlos Vieco, que después se han trocado en músicas más calientes, o en el traqueteo de un changón, de cuando en cuando.

Hasta ese día

Antes de que cruzara por allí la Regional, todo eso eran mangas. La gente del barrio sabía que en esos rastrojos se escondían parejas a hacer el amor. Mi mamá cosía. Por una ventana vigilaba que no entráramos a esos predios.

Pero mis amigos iban de tanto en tanto para traer la noticia: que fulanito de tal entró a culiar con una muchacha, que los habían visto con esos ojitos…

Mi madre Constanza solo pensaba en sacarnos adelante, en mandarnos a la escuela, en llevarnos algún día bien lejos de ese inquilinato.

Papá venía cada mes con un costal de mercado y un sobre. Era un señor alto, de sombrero, bien plantado. Había sido soldado profesional y ahora era oficinista del ejército. Otras veces no venía, pero mamá nos decía con una risita: "Me voy a encontrar con su papá en el centro". Tal vez iban a alguna pensión a pasar el rato…Yo qué sé. En todo caso siempre rondaba la frase: "Espere que venga su papá en estos días, tal vez su papá se lo compre…".

Cuando el hombre del sombrero venía era una buena señal. Íbamos al Caravana a comprar ropa, o al Tía. Hasta ese día cuando mamá colgó el teléfono y se largó a llorar. "¿Ahora quién nos va a ayudar?". Bañada en lágrimas.

Después de estudiar Derecho, parece que el hombre de sombrero vendió unos lotes sin papeles. Por eso lo mataron. Esa es la versión. La vida siguió igual en esa vecindad. Uno se levantaba con los gritos desde alguna ventana: "¡Me robaron los calzoncillos del alambre!", "¡Ya no está el jabón!", o el grito de un malevo que llamaba al marica de la cuadra, uno al que solo le gustaban los mecánicos. Esa era la música de todos los días. Así crecí siendo un niño huraño, malencarado. Me quedaba pensando en el borde de la tapia. Lo único que me gustaba era ir al Cementerio Universal a tumbar mangos, unos que nadie cogía dizque porque eran mangos de muerto. A mí me sabían igual.

De todos modos, no lo niego, yo era un niño raro.

Kiosco

Una mujer me puso la mano cuando iba por la avenida de Greiff. Tenía una maraña por pelo y casi no se le veían los ojos. Se subió al puesto de atrás y me pidió que la llevara hacia la avenida del Ferrocarril porque íbamos a recoger a su hermano. Cuatro cuadras después pasamos frente a un taller y alcancé a ver al tipo que, según ella, era su hermano. Reconocí su rostro de inmediato, un ladrón de carros. Uno que anda estas calles sabe quiénes entran y salen de la cárcel.

—Yo aquí no paro —le dije, y más adelante le pedí que se bajara. Tuve que acudir a la única palabra que me sale en estos casos. Puse cara de matasiete—. Ya sé lo que usted quiere hacer con su hermanito, hágame el favor y se baja ya.

Parece que la actuación fue buena porque la mujer no dijo ni mú. Se bajó más sumisa que una monja. Seguí hacia Barrio Triste, al kiosco de siempre. Pedí un aguardiente doble. Respiré profundo.

Lovaina

A las dos de la madrugada, mientras Jason aspira el acre aroma del bazuco, veo a una niña, arrodillada en un taburete, aún con el uniforme de colegio; hace sus tareas en la mesa, debajo de la nube densa. Su padre, un flaco esmirriado con bigote cantinflesco, es un jíbaro al que le gusta compartir la mercancía con su cliente. Repasa una y otra vez el *surullo* para que carbure en la llama de una vela, antes de darle a probar de nuevo a Jason. La madre a su vez da vueltas por ahí, dictándole a la niña las posibles respuestas, aunque trastabilla también, entre un plon y otro: ¿las abejas son animales invertebrados, arácnidos, plantígrados?, ¿ninguna de las anteriores? El padre le pide a la niña que se vaya a dormir, pero la mujer rechista:

—¡Vea este bobo tan pendejo! ¿Por qué va a acostar ya a la niña si está haciendo la tarea?

La madre le pide a Jason una ayudita con el deber escolar, entonces él se acerca por detrás para mirar el cuaderno, aspira su cigarro envenenado como si fuera el último.

—Yo creo que la abeja es invertebrada, dice.

Al fondo suena gangosa una canción de Ismael Rivera.

Llave

Desde el balcón miraba la lluvia que empezaba a repicar, sin saber lo que iba a darles a mis hijos al otro día. ¿Cómo iba a mandarlos vacíos para el colegio? Tuve deseos de gritar las palabras más sucias, las mismas que me salen cuando me paso de aguardientes; pero lo que salió fue un susurro: ¡Virgen del Carmen, favorecenos! Lo grité en silencio. Y tal vez estaba cayendo ya un lapo de agua porque me demoré en oír que tocaban la puerta. Me asomé por el ojo de vidrio y vi el rostro de una vecina rechoncha que cargaba la estatua pequeña de la Virgen. Siempre he rogado a la madre de Dios que no se me aparezca porque qué miedo un infarto… La vecina estaba toda empapada a pesar de la sombrilla.

—¿Quiere que le deje a la Virgen esta noche? —me dijo—. Usted reza el rosario, le echa alguna moneda y mañana se la entrega a la vecina del frente. Es una cadena de oración que estamos haciendo.

—Sí, claro —le contesté. La vecina no quiso pasar. Cuando subí las escaleras de dos en dos, escuché el retintín de las monedas que había en el pedestal de la imagen. La llevé a mi cuarto, busqué unas pinzas de uñas y me puse a pescar por la ranura. Saqué también algunos billetes, poquitos. La Virgen apenas me miraba, me sentí culpable, sucia, por robarle de ese modo a la madre de Dios. Cuando escampó fui a la tienda, traje panela, arepas y quesito.

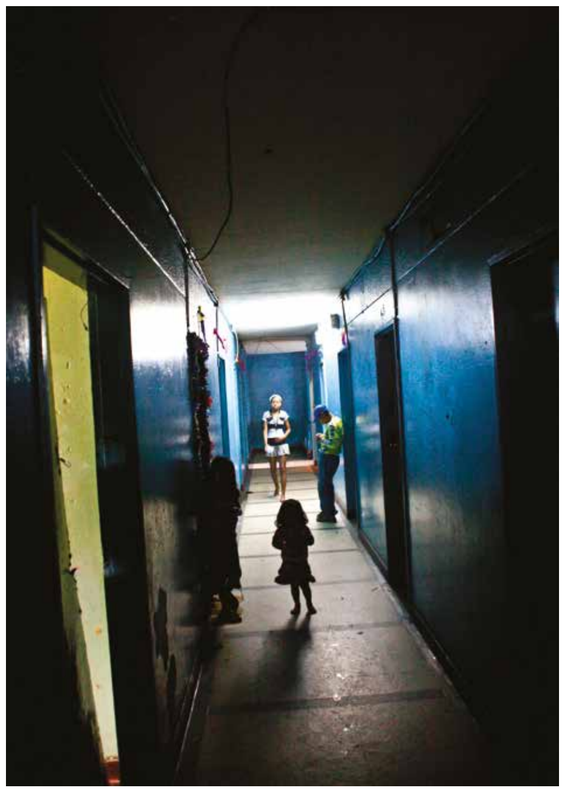
Unos dos meses más tarde, en confesión, casi no le cuento al padre la blasfemia. Me sorprendí con su reacción:

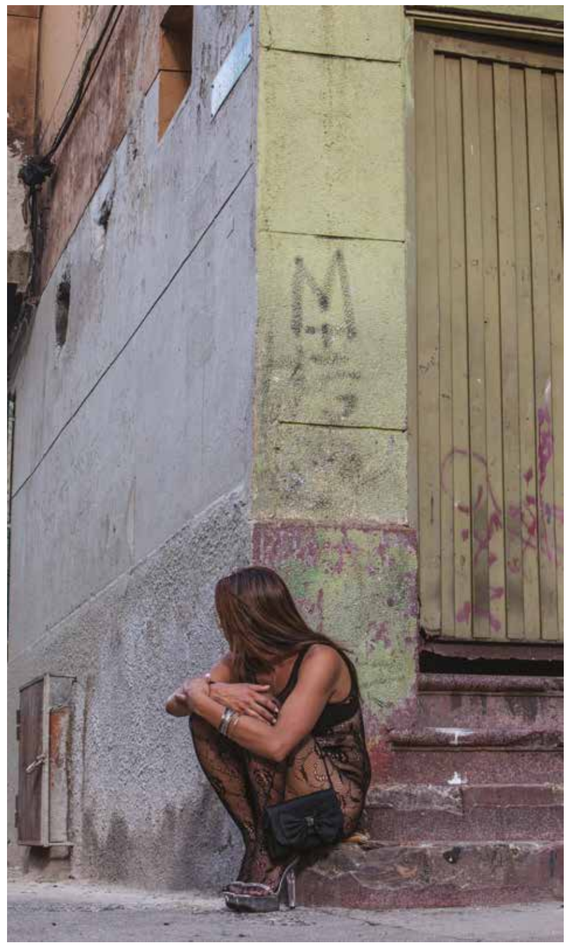
—¿Cómo así doña Margot? Eso no fue pecado sino milagro: ¡usted le pidió a María para sus hijos, y ella se lo dio!

Picacho

Desde ningún lugar de la ciudad el ojo puede solazarse con tanta plenitud como de estas alturas. Quien contempla es el soberano señor de las miradas, el que está por encima de todos. Los muchachos fuman marihuana debajo del Cristo con los brazos abiertos. Ya no miran la ciudad, se enconchan en sus miedos, rumian sus odios, repiten sus gracias. No quieren ver a nadie ni que nadie los vea, me dice la funcionaria, que anota los nombres de todo aquel que sube al cerro:

—Mona, no, a mí no me anote ahí que después es pa ficharme y echarme cana, yo no.





Andan con pantalones cortos, mochos les dicen aquí, demasiado anchos, como los de los boxeadores de los setenta. Sus cachuchas también son excesivas, de viseras rectas que los hacen ver bobalicones. Pero no lo son. Llevan uno que otro tatuaje, collares, algún escapulario. Miran rayado. Las peladas son iguales que ellos. A veces suben y se esconden entre los pinos de más abajo a hacer sus cositas. El aire huele a sietecueros, a hierbas frescas, es templado y tan puro como un cubo de hielo. Desde aquí se ven los colegios a los que ellos no van, los parqueaderos de los buses donde pagan extorsión, las calles empinadas con casuchas de techos de zinc que espejean con los últimos rayos de la tarde. Abajo las monstruosas construcciones de vivienda horizontal, donde se arruma a la gente en escaparates de concreto. Parece que a este valle no le cabe un alma más. Y aquí, justo al lado, el latifundio de un mafioso, heredero del legendario clan de unos hermanos. Duerme solo en un caserón, como algunas gentes de El Poblado y Envigado que viven en casaquintas.

Un velo lechoso cubre este "valle de los perros mudos". La mujer dice que a veces no puede subir porque las guerras se recrudecen. Los combos andan calientes por un motivo extra. "El que me la hace, la paga", dicen estos niños que pasaron algunos meses en el reformatorio, los que defienden a muerte su cuadra; una que conocen como nada, y donde han visto más mundo que cualquier agente viajero.

Walkie-talkie

Siempre hay una primera vez. A mí me quitaron un reloj en un puente. "Dámelo si no quieres un pepazo", me dijo un sardino con ojos volados. A una novia le robaron un reloj frente al Chagualo. Y qué tal esa viejita de la cuadra a la que unos gamines le jalaron dos bolsas del Éxito en las que llevaba cosas podridas de la nevera y demás basuras del fin de semana. Al hermano de Pipe le robaron un jeep Willys, muy conservado, mientras daba la primera vuelta; el primer y último carro que tuvo la familia. Pobre de mi primo al que le quitaron un *walkie-talkie* la mañana del 25 de diciembre, mientras todos los tíos dormían la fuma de ayer. "¿Y ahora qué voy a hacer con un solo *walkie-talkie*?", me decía. "Llamá —le dije—, de pronto te contestan". Pero esto a nadie le dio risa. Tal vez porque hace días también al abuelo suyo le robaron algo. Salió a dar una vuelta por Laureles, con otro nieto, cuando unos tipos se acercaron. El viejo iba a sacar la billetera pero no le pararon bolas. Iban por su pequeño tanque de oxígeno, de esos que tienen ruedas. Siempre hay una primera vez.

Xiomara

Muchas veces he vuelto a llamar a ese consultorio donde Xiomara contestaba. De nuevo me dicen que no tienen noticias suyas, que ella no volvió por allí. Iba cada viernes a recogerla para dar una vuelta por Las Palmas, a tardiar por el Estadio, o tal vez para entrar en algún hostal de parejas con *jacuzzi* y colchón de agua. A veces solo íbamos a bailar salsa en el Centro o a ver una película. Como vivía en Santo Domingo, la cogía la noche y le daba miedo irse tan tarde. Prefería quedarse conmigo en el apartamento que yo compartía con un compañero de oficina. Sus últimas palabras podría reconstruirlas una por una:

—Tienes dos opciones —me dijo—, irte a vivir conmigo o dejar que me vaya para Aruba.

—¿Aruba? ¿Y qué vas a hacer en Aruba?

—Vos lo sabés, las mujeres no tenemos más que un cuarto de hora, y yo tengo que aprovechar el mío.

Siempre esquivé los compromisos, no entendía una vida de casado, quería seguir libando mi soltería. Por eso no atendí el pedido que ella me hizo. Después de que colgó pensé que era un truco barato para engrupirme. Pero no fue así. Nunca la volví a ver, no aparece en Facebook, no sé nada. Sueño con viajar a esa isla y buscarla. Tal vez siga allí, no lo sé. Ahora también soy una isla. UC

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER
Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

LA HISTORIA DE RAMÓN HOYOS

En 1950, cuando se corrió la primera Vuelta a Colombia, el país vial era una vasta trama de caminos de tierra, de piedra, de barros y lodazales, con algunos oasis de asfalto. El ganador de una etapa le tomaba veinte minutos o media hora al segundo, y este otro tanto al tercero. Los *sprinters* y los embalajes eran nociones inconcebibles. Después nos llegó el progreso, y aprendimos a ganar por segundos; que lo diga Óscar Sevilla.

Pero aquí se quiere hablar de Ramón Hoyos, el Refuego, el Coloso de Marinilla; fue nuestro primer ídolo del ciclismo, soberbio e invicto trasegador de aquellas trochas, ganador de cinco Vueltas a Colombia. En Antioquia lo recibían con ovaciones, en Bogotá con pétalos de piedra (la metáfora es de Pedro Nel Gil, otro de los pioneros). Terminada la Vuelta, él y sus escuderos desfilaban, montados en carrozas, por la avenida Primero de Mayo, en medio de aclamaciones, vivas y flores lanzadas por miles de personas. En el momento requerido, la historia propicia el surgimiento de ídolos, fatalmente los crea; llámense Simón Bolívar u Hoyos Vallejo, ambos construyeron gestas. Luego vendrían Cochise, Herrera, Parra, hoy en día Nairo; todos grandes, pertenecen ya a la historia, no a la prehistoria de Ramón: un dinosaurio insólito, pisando caminos del pleitoceno.

Pero, con todo y eso, el Refuego supo adentrarse en la era moderna. Fue subcampeón panamericano de ruta en México, cometió hazañas notables en Europa. Y aquí en Colombia, hizo morder el polvo a los dos más grandes corredores de esos años, Fausto Coppi y Hugo Koblet, a quienes dio sopa y seco en una memorable Vuelta a La Pintada. Sin proponérselo, Hoyos puso a Colombia en el mapa del ciclismo mundial. Sospecho que dedicó buena parte de su vida a evocar sus conquistas. Hizo bien. Como el Libertador, vivió para su gloria.

(Su última Vuelta se la ganó a Hernán Medina Calderón, el príncipe estudiante, un rival emergente que ya lo superaba en las subidas; Ramón, rey por un largo lustro de las montañas, lo liquidó bajando. Y fue su canto del cisne).

En sus años dorados, el gran marinillo inspiró a Fernando Botero (también en su mejor época), un cuadro espléndido, *Apoteosis de Ramón Hoyos*. La revista *Cromos* les hizo un retrato junto al enorme lienzo, Botero de terno impecable, el deportista con su atuendo del oficio, incluidos casco y bicicleta. Al preguntarle su opinión sobre la obra, Hoyos no se anduvo por las ramas: "Se me parece más a Pajarito Buitrago", dijo. La verdad es que a Ramón no se parece.

CODA

Rita

Tal vez se deba a su juventud, pero confía en la humanidad. Parca en palabras, sus gestos son elocuentes, su fe es un ejemplo; y pienso que, por fortuna, nunca la perderá. A veces se me sienta al frente, haciendo poses de deidad egipcia; y me mira, pensativa, con sus grandes ojos *aurinos*. Solemos compartir siestas, sin que ella se digne romper el silencio. Pero creo que me quiere. UC

El recibo quedó en Foto La Industria en Bogotá. Era la única seña de un secreto nupcial y fúnebre al mismo tiempo. “Reclamen las fotos, es un recuerdo que les queda”, decía la carta de uno de los amantes suicidas. La historia y las fotos llegaron en las páginas de la crónica roja. El cuerpo de un hombre y una mujer flotando en la represa del Sisga eran material suficiente, pero además estaban las cartas, las fotos y un ramo de flores secas.
Beatriz González convirtió el retrato luctuoso en un colorido tríptico en el que la pareja parece cambiar de vestido. La obra ganó el Salón Nacional de Artistas en 1965 y ahora, en su aniversario cincuenta, se exhibe en el Tate Museum de Londres. Aquí, detalles de la historia de Antonio María Martínez y Tulia Vargas. *Requiéscat in pace*.

Los suicidas del Sisga

por JAIME AGUILAR

LA TRAGEDIA DE LA REPRESA DE "EL SISGA"

LOS ENAMORADOS SUICIDAS DEJARON SU ULTIMA FOTO

MARCO ANTONIO MARTINEZ BONZA y TULIA VARGAS se hicieron tomar esta fotografía para dejarla como recuerdo a sus parientes, poco antes de cumplir su dramático pacto de suicidio en la represa de "El Sisga". Marco Antonio y Tulia pidieron al fotógrafo que los retratara con un ramo de flores blancas, como las que se usan en las ceremonias nupciales. Dejaron abonados diez pesos, con una misiva para Marcolino Martínez, hermano de Marco Antonio, que dice: "Le dejo el recibo para que vaya y reclame nuestra última foto. Se la dejo de recuerdo". Los novios, cuyos cadáveres fueron hallados flotando en las heladas aguas de "El Sisga", habían anunciado a sus vecinos del Barrio "Las Ferias": "Nos iremos para siempre". (Véanse crónica y más fotografías en la página 9ª).

Número 309 — 16 Páginas - 40 Centavos — EL VESPERTINO — Bogotá, D. E. — Lunes, Junio 28, 1965

Al final de la tarde del lunes 21 de junio de 1965, un chofer que conducía por la carretera central del norte se detuvo frente a la alcaldía de Chocontá y aseguró haber visto dos cuerpos flotando en las aguas de la represa del Sisga; desde la distancia pudo distinguir que eran de un hombre y una mujer. El alcalde, el inspector, su secretario, algunos policías y habitantes del pueblo se trasladaron al lugar con el fin de rescatarlos. Pero ya estaba anocheciendo y por el peligro que significaba bajar del puente sobre el vertedero de la represa, aplazaron el rescate.

Aún con el aguacero que azotaba la región, a las siete y media de la mañana del martes, sujetados a una lancha, con ganchos, remolcaron los cuerpos hasta la orilla y en una playa que ofrecía facilidades fueron puestos en tierra. Allí mismo, el inspector de policía practicó la diligencia de levantamiento.

El hombre aparentaba unos veinticinco años de edad, era de contextura maciza, color trigueño, cabello castaño oscuro y lacio; un metro con 65 centímetros de estatura. Vestía pantalón de paño azul a rayas, zapatos negros, medias azules y camisa blanca de cuello, remangada hasta los codos. No tenía saco.

La muchacha debía tener alrededor de veinte años, poco más o menos de un metro con sesenta centímetros de estatura, bien proporcionada y de cabello castaño oscuro, ondulado. Vestía falda de paño negra, blusa blanca con encajes y zapatos negros de tacón bajo.

No se les encontró dinero, ni papel alguno que sirviera para orientar su identificación. No fue posible dictaminar a simple vista si presentaban huellas de violencia, distintas a la asfixia por inmersión. La muerte había ocurrido unos cinco días antes, y parecía posible la práctica de la necrodactilia.

En años pasados una camioneta había caído a la represa del Sisga y las autoridades buscaron inútilmente a las víctimas del accidente. Ahora, al contrario, aparecían dos ahogados y se especulaba que podría haber algún vehículo sumergido. Las autoridades solicitaron la designación de un médico legista para la práctica de la necropsia y dispusieron la inhumación provisional de los cuerpos en una bóveda oficial en el cementerio de Chocontá.

Dos dactiloscopistas llegaron en la tarde del miércoles. Algunas personas estuvieron en el cementerio. Un tractorista vecino de El Santuario creyó reconocer a los hermanos Gustavo y Rosalba Muñoz. Hijos del administrador de una finca cercana a la represa, Miguel Ángel Muñoz. Lo llamaron pero él no reconoció en los cadáveres a sus hijos, aunque no descartó la posibilidad de que fueran ellos. Muñoz se fue en busca de Gustavo y Rosalba. “Mi hijo debe estar en una finca cerca de Bogotá, y ella se encuentra en Suesca, en casa de unos parientes”, dijo Muñoz.

Los dactiloscopistas quedaron satisfechos con las necrodactilias. Realmente no eran muy nítidas, la descomposición en medio húmedo borra muy pronto las líneas, pero los técnicos creyeron haber obtenido base suficiente para un cotejo, si es que alguno de los dos, al menos el hombre, figuraba en los archivos del DAS o de la registraduría.

En la mañana del jueves fueron identificados como Antonio María Martínez Bonza y Tulia Vargas. La identificación se logró cuando se presentaron en el despacho de la alcaldía los hermanos José Manuel, Carlos Alberto y Marcelino Martínez Bonza. Se enteraron del hallazgo en el Sisga y pensaron que podía tratarse de un hermano suyo. El funcionario investigador recibió a los hermanos Martínez Bonza y con ellos se dirigió al cementerio. La prolongada permanencia en el agua ocasionó notorias modificaciones en los rasgos físicos. Antonio María fue identificado por la ropa y por un puente con casquetes de oro en la dentadura superior, además de la pista de sus cejas pobladas. También llegaron a Chocontá los familiares de la joven Tulia, dijeron que habían recibido en Viracachá dos cartas escritas en papel de luto. Ella era la muchacha que acompañaba a Antonio María el último día que lo vieron.

Beatriz González, *Los suicidas del Sisga III*, óleo sobre tela, 1965.

Además del nombre, la sección técnica suministró los siguientes datos del varón muerto: estatura, 1.65; ojos, pardo oscuros; color del cutis, trigueño; instrucción, primaria; cédula de ciudadanía 17015243, de Bogotá; hijo de Andrés Martínez y de Paulina Bonza.

Antonio María vivía en Bogotá, en una casa del barrio Las Ferias donde hacía siete meses había arrendado una pieza por la que pagaba cincuenta pesos mensuales. Tenía algunas propiedades en Boyacá, y en Bogotá trabajaba como jardinero. Era un hombre de costumbres ordenadas y de naturaleza apacible y bondadosa. Para salir de la casa procuraba estar bien presentado, con su pantalón de dril limpio y planchado, de corbata y sombrero.

“Antonio María salió con Marcelino el 5 de junio para Boyacá. Regresó el sábado 12 con una joven que supe se llamaba Tulia”, recordó una vecina del inquilinato donde vivía. “Eran como las cuatro de la tarde. Él la presentó como su esposa. El señor Solano, el dueño de la casa, le dijo: Ahora sí como que se casó, ¿no?”.

En la pieza del barrio Las Ferias pasaron la noche.

“Volví a ver a Antonio María y a la joven al día siguiente, el domingo. Salieron hacia las doce del día. Supe que había vendido una bicicleta. A cada uno de los hermanos le dejó algo así como una herencia. A uno le dejó las herramientas, a otro la ropa, a otro algún recuerdo”.

Un mes antes fue hasta Santa Rosa de Viterbo, donde había nacido y todavía vivía su papá, y trajo a vivir con él a su hermano menor, Marcelino, y le enseñó meticulosamente el arte de arreglar jardines. Desarmó y armó su máquina podadora y le explicó la manera de limpiarla y arreglarla. “Con este oficio usted puede ganarse el pan mientras viva”, le dijo.

El señor Solano, dueño de la pieza que Antonio María ocupaba en el barrio Las Ferias, le entregó al juez del permanente de San Fernando unas cartas halladas poco después de haberse logrado la identificación de los cuerpos.

Cuando Marcelino y su esposa abrieron la pieza encontraron sobre la cama cuatro cartas y una cruz de flores blancas, ya marchitas, atadas con una cinta. En las cartas dejadas por Antonio María a sus hermanos, hermana, cuñado y sobrino, escribió: “Dios me iluminó este camino hace varios meses”. Y estima la fecha escogida para su desaparición y la de su compañera como la más feliz.

Las cartas iban en papel y en sobres con orlas y cenefas negras. Estaban fechadas en Bogotá, junio 12 de 1965. En ellas Antonio María distribuía sus bienes entre su padre y sus hermanos, especificaba la parte de las fincas que dejaba a cada uno, se excusaba por no haber podido tramitar las escrituras y pedía que no hubiera contrariedades en ese sentido: “Querida hermanita hágalo por caridad con mi alma, perdone a todos sus enemigos”. Se despedía en su nombre y en el de Tulia, pero no aparecía firma de ella. “Adiós, Adiós, Adiós. Nadie es culpable, no nos busquen”.

Oí leer una de las cartas. Iba dirigida a Marcelino, él le pidió a un niño de la escuela que la leyera, hablaba de un viaje, le decía que había vendido la bicicleta, terminaba diciendo: “Ahí le dejo la podadora, el rastrillo y las tijeras”.

Aparte de las cartas, y lo que dijeron el casero, los demás inquilinos de la casa y los parientes, había una foto.

Los periódicos de Bogotá publicaron una fotografía de la pareja en blanco y negro. Él lleva puesto un sombrero de fieltro oscuro adornado con una cinta, saco claro y camisa blanca; ella viste una gabardina y se cubre la cabeza con una mantilla de encajes. Pidieron al fotógrafo que los retratara con un ramo de flores blancas, como las que se usan en las ceremonias nupciales. Lo sostienen entre sus manos enlazadas.

En el periódico aparecen las imágenes planas, casi sin sombra. El espacio está dado por las pequeñas deformaciones y desplazamientos de los rasgos propios de este tipo de fotografía tipográfica.

El propietario del estudio, don Marco J. Suárez, dijo que la pareja había permanecido en su negocio durante unos quince minutos. Dejaron abonados diez pesos. En la carta que le escribió a Marcelino fue hallado un recibo de Foto La Industria en el que puede leerse una anotación escrita por Antonio María: “Reclamen las fotos, es un recuerdo que les queda”.

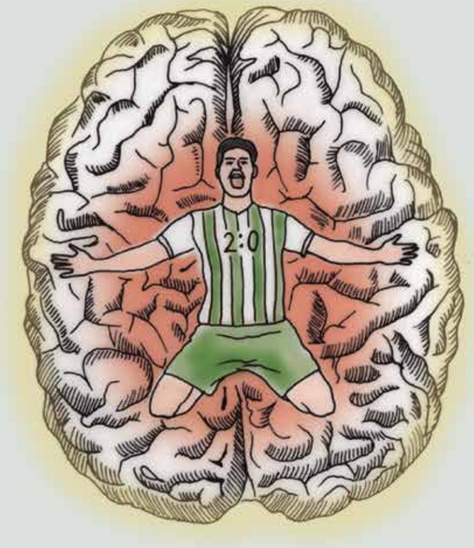
El domingo 13 de junio, día de San Antonio de Padua, obispo y confesor, Antonio María cumplía 26 años. A mediodía, cerró la puerta de la pieza y le recomendó al casero que le entregara la llave a su hermano Marcelino, cuando este regresara de Tunja. A esa hora las cartas enviadas por la joven Tulia a sus parientes de Viracachá ya estaban en el correo. Se marcharon. Él vestía pantalón de paño azul a rayas y camisa blanca, sin sombrero ni saco. Ella falda negra y blusa blanca, sin la gabardina verde que había traído el día anterior, ni la pañoleta blanca de encajes. Atrás quedaban las fotos, las cartas y un ramo de flores blancas. UC

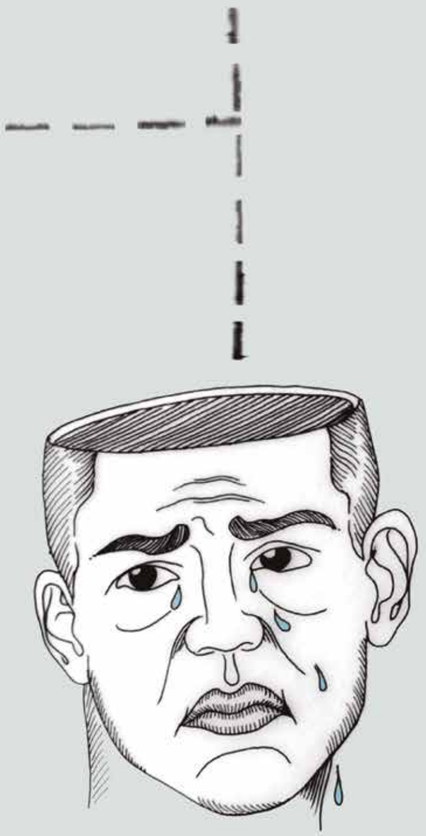
Juan Esteban Sandoval
DESPOBLADO
Fotografía digital
2015

Quinientos mil a los paraguayos

por ALEJANDRO METAUTE

Ilustración: Alejandra Sepúlveda





En lo que a mí respecta, a lo largo de mi vida no he hecho más que llevar al extremo todo aquello que vosotros habéis dejado a la mitad.
Dostoievski

En 1979 la prensa deportiva entregó sus titulares a un pequeño país al sur de la cordillera de los Andes llamado Paraguay. Su club de fútbol más antiguo, el Olimpia, se había convertido en el mejor del mundo; primero, al coronarse campeón de la Copa Libertadores tras derrotar al Boca Juniors de Argentina, y luego, campeón de la Copa Intercontinental al vencer al Malmö FF de Suecia.

Empezarían así años de fama para los paraguayos. Ganaron durante seis años consecutivos la liga nacional, y en 1989 estaban de nuevo en carrera por el título continental. Dejaron en el camino a Boca Juniors, al Club Sol de América de Paraguay y al Internacional de Porto Alegre. En la final se cruzaron con un equipo colombiano que nunca había llegado a esa instancia en el torneo, el Club Atlético Nacional. Olimpia hizo alarde de su historia al ganar el primer partido por dos goles a cero.

¿Quién podría entonces juzgar a Jhon Jairo Metaute cuando decidió apostar a los paraguayos? Residente del municipio de Itagüí, a sus 34 años ya era un apostador disciplinado: todos los viernes jugaba a las cartas, al dominó y apostaba a partidos de fútbol mientras tomaba aguardiente o brandy Domecq, su preferido. Cuando se le pregunta por la razón de su apuesta, responde con una sola palabra: odio. Jhon Jairo es hincha del Deportivo Independiente Medellín, rival de patio del Nacional.

Al día siguiente de la victoria del Olimpia en el primer partido de la final, Jhon Jairo llegó a su trabajo, en la Central Mayorista de Antioquia, sosteniendo en sus manos la tradicional camiseta roja del Medellín. Esta hizo las veces de muleta, pues, en sus propias palabras, ese día salió a torear hinchas del verde. Cuando los reconocía, les pedía que demostraran su fe aceptando una apuesta. Todos inflaban el pecho para preguntar el valor, luego se quedaban tiesos. "¿Quinientos mil pesos?", preguntaban, sugiriendo que había un error en el monto; entonces Jhon Jairo extendía la camiseta y repetía: "Quinientos mil pesos". Los posibles apostadores se ponían verdes y se iban, momento que aprovechaban los atentos hinchas del Medellín para corear un ole.

En la Mayorista corrió la voz de la apuesta. "¿Quinientos mil pesos?". En el 89 eso eran cerca de quince salarios mínimos. Para muchos el salario de un año. Le preguntaron un par de veces por qué no reducía el valor, a lo que respondía: "Así no se apuesta; se apuesta duro pa ganar duro". Entonces seguía arrojando frases provocadoras como anzuelos.

Los apostadores

Fueron los hermanos Duque: Cenen y Mario, propietarios de dos agencias de abarrotes, los que ahogados por el orgullo decidieron hacer algo. Entre los dos reunieron 350 mil pesos y comenzaron una campaña para vincular a otros apostadores. El primero en aceptar fue Daniel Osorio, cuñado de los hermanos, convencido con una frase, "ahora somos familia". Sin embargo, Daniel participó solo con cincuenta mil pesos. Después de intentos fallidos para convencer a amigos y familiares, y viéndose cortos de tiempo, los Duque echaron mano de sus empleados. Fue Julio, vendedor, quien después de media hora de conversación, insinuaciones y muchos titubeos, aceptó poner los cien mil restantes.

Era tal la fama de apostador serio que precedía a Jhon Jairo, que horas antes del partido sus cuatro rivales le entregaron un cheque al portador por valor de quinientos mil pesos, no sin antes despedirse diciendo en tono socarrón: "Mañana nos das el millón". Jhon Jairo no respondió, pero en su cara se dibujó una sonrisa maliciosa. Habían picado.

¿Quién era Jhon Jairo para darse el lujo de apostar quinientos mil pesos? Jhon Jairo era un buey. Recibió su yugo a los ocho años, cuando empezó a vender tomates y bolsas plásticas en El Pedrero. A los veintiuno empezó a trabajar como bulteador para una importadora de frutas chilenas en la Mayorista. Desde temprano cargaba manzanas, cerezas, peras, kiwis, ciruelas y duraznos. Nunca se quejó.

En la Mayorista era una figura reconocida por bulteadores, propietarios, vendedores y transportadores. De sus años en El Pedrero solo quedaba un odio hondo por los tomates, una piel roja y curtida por el sol y una habilidad matemática digna de un profesor de escuela. Ya lo distinguían por su bigote de apostador, por sus carcajadas que se escuchaban varios bloques a la redonda y por su nariz aguileña, con la que solo olfateaba negocios. Seguía madrugando a trabajar a las cuatro de la mañana, pero no cargando bultos sino "echando cuentas". En el 89 Jhon Jairo ya era el administrador de la importadora.

Nunca había apostado una cantidad que se acercara a los quinientos mil pesos. Muchos se preguntaban cómo un hombre que ahorraba su sueldo con tanta disciplina y que trabajaba tanto por ganar un peso, disfrutaba arriesgando lo que tenía. No entendían que, para Jhon Jairo, apostar era escupir sobre su yugo.

El partido

"Hoy el equipo de todos, en la ciudad de todos, Bogotá". Con estas palabras comenzó la transmisión de Jorge Barón Televisión. El comentarista no pensaba en Jhon Jairo, que se encontraba en su casa en el barrio Santa María de Itagüí, junto a tres amigos que cumplían con una condición: ser hinchas declarados y orgullosos del DIM.

El partido no se jugaría en Medellín porque el estadio local no contaba con el aforo suficiente. Sin poder asistir al encuentro, muchos seguidores del Nacional se tuvieron que contentar con sacar sus televisores para ver el partido en plena calle. El barrio fue cobijado por el brillo de los voladores, el olor de los sancochos y el sonido de las repetidas canciones dedicadas al equipo nacionalista. Para defenderse del ataque sensiblero, Jhon Jairo subió el volumen del televisor al máximo y cerró las puertas y las ventanas de su casa. Con sus invitados, empezó su propia celebración: bebieron aguardiente y comieron picadas mientras escuchaban los preliminares y se reían pensando en todo lo que se podía hacer con un millón de pesos.

Cuando el partido inició bajo la dirección de una terna de argentinos, medio mundo apuntó sus ojos a la pantalla. En Japón era de especial interés porque al final del año el ganador disputaría la Copa Intercontinental en sus tierras. En Europa querían saber cuál equipo se enfrentaría a su campeón, y en Latinoamérica, el torneo había ganado muchos seguidores desde su fundación en 1960.

Sabiendo que tenían una desventaja de dos goles, los jugadores verdolagas iniciaron con todo el ímpetu que sus cuerpos les permitieron, pero pronto las fuerzas de sus piernas los abandonaron. El partido cayó en un letargo que los paraguayos aprovecharon con algunos contragolpes. "El tiempo camina, el reloj es el enemigo del Nacional", decía Edgar Perea, narrador designado, quien veía cómo los constantes intentos del equipo colombiano no producían nada.

Quien más jugó en favor del ánimo de Jhon Jairo fue el paraguayo Raúl Amarilla, goleador del torneo con diez anotaciones. Cada vez que se acercaba al arco insinuaba un gol. Con cada uno de sus remates Jhon Jairo hacía una expresión que sus amigos leían como "esto es cuestión de tiempo".

Para el segundo tiempo, Francisco Maturana, director técnico del Atlético Nacional, cambió a un delantero por un volante de marca. Jhon Jairo se sonrió ante lo que parecía una táctica errada, pero pronto su expresión desapareció. En la punta derecha del campo paraguayo, el balón quedó en poder del Palomo Usuriaga quien envió un centro rasante que pasó entre las piernas de un delantero del Nacional, luego, enfrente del portero paraguayo y, finalmente, rebotó en las piernas del jugador número 13 del Olimpia, Miño, quien convirtió en su propio arco. Así, con el gol más feo en la historia de las finales de la Copa Libertadores, comenzó la penumbra para Jhon Jairo.

No pasó mucho tiempo para que el mismo Usuriaga, tras una nueva pifia de Miño, cabeceara el balón dentro del área del Olimpia y marcara el segundo. Ahora Jhon Jairo, como si se tratara de un conjuro, no dejaba de repetir: "Quedan los penales, quedan los penales". Y así fue, el partido finalizó dos a cero, dos a dos en el global.

"Comienza el drama", dijo el comentarista deportivo antes de iniciar la ronda de cobros desde el punto penal. De nuevo la balanza parecía favorecer al Olimpia. Contaba con Ever Almeida, experimentado portero de 42 años, sobreviviente de la gesta del 79, y quien se convertiría en el jugador con más partidos en la historia de la Copa Libertadores de América, tras 113 disputas. Por su parte, el Atlético Nacional depositaba toda su fe en su joven portero René Higuita, con veintitrés años y ningún título a cuestas. Decididos a ser fusilados, los dos guardametas se dirigieron lentamente a la portería.

Cuando el árbitro llamó al primer cobrador, Jhon Jairo se encorvó mirando al suelo y apretó las palmas de sus manos una contra la otra. Era la imagen viva de un ludópata admitiendo su pecado en el confesionario. El primero en cobrar fue el mismo Almeida, cuyo remate fue atajado por Higuita. "A apretar culo", dijo con tono premonitorio uno de los invitados rojos.

Usualmente la suerte se decide en diez cobros, pero la definición del partido fue una de las ruletas más atípicas de la historia del fútbol. En total se ejecutaron dieciocho penaltis, de los que se erró la mitad. Cada vez que Higuita atajó un cobro, Jhon Jairo sintió que le clavaban un puñal, y cada vez que un verdolaga falló, fue como si se lo sacaran. Sin aire y desangrado, escuchó el relato del último tiro:

—Leonel Álvarez con pierna derecha cobra para Colombia, si la mete, Colombia gana la Copa Libertadores... tiró, ¡tiró! ¡Gol! ¡Gol! ¡Colombia campeón de América! ¡Colombia campeón de América! ¡Nacional campeón de América! ¡Colombia campeón de América! ¡Colombia campeón continental...!

Jhon Jairo recuerda poco de lo que sucedió después del cobro de Leonel Álvarez. No recuerda cuándo se fueron sus amigos o cuántas horas pasaron antes de que se levantara del mueble a apagar el televisor. Los alaridos de Santa María se convirtieron en el eco de su cuerpo ausente. Vio al niño de El Pedrero que había sido, el que se mataba bajo el sol por ganarse un peso. Lloró, nunca lo hacía, pero ese día lloró. Sus lágrimas lo despertaron del trance.

Aunque comenzaba a trabajar a las cuatro de la mañana, llegó más temprano, había pasado la noche en vela. La Central Mayorista empezó a llenarse de murmullos. Los hinchas del Nacional se sonreían cuando veían pasar esa sombra pálida y severa, mientras que los del Medellín hacían gestos de aprobación.

Jhon Jairo, fiel a su reputación, pagó su deuda ese mismo día. Los hermanos Duque solo alcanzaron a decir: "Jhon, no apueste contra el mejor equipo". En la Mayorista comenzó una discusión que duró semanas: ¿Jhon Jairo era güevón en la acepción de valiente o de incapaz? El color de las camisetas de los hinchas teñía las opiniones y nunca se unificaron las respuestas. Poco a poco el campeonato se convirtió en historia patria y la pena, en recuerdo.

El tiempo es nada

Veinticuatro años después invito a Jhon Jairo a terminar de contar la historia de su apuesta. Nos sentamos en una tienda en el municipio de Caldas, donde ahora vive. Ha recuperado el color rojo de su piel, aunque a sus 58, ha perdido un poco de cabello y ya no tiene su bigote de apostador. Pide una gaseosa, hace trece años un médico le prohibió beber cualquier tipo de licor.

A causa de una maraña de anécdotas, la conversación se extiende más de lo planeado. El tendero enciende un televisor de catorce pulgadas. Son las ocho de la noche, hora colombiana, diez de la noche en Belo Horizonte, Brasil, donde el Atlético Mineiro juega por primera vez la final de la Copa Libertadores. Enfrente tiene a un equipo tres veces campeón de América, Olimpia. Es el partido de vuelta, el primer encuentro terminó con victoria para los paraguayos dos goles por cero, son los favoritos.

Apuesto las bebidas a Jhon Jairo, le voy a los brasileños. Acepta sin despegar la vista del televisor. En una jugarreta del tiempo, ve cómo el Atlético Mineiro gana el partido dos goles a cero y hace que todo se decida desde el punto penal. Después de nueve cobros se coronan por primera vez campeones de la Copa Libertadores de América y los paraguayos regresan a casa con una medalla plateada que parece de broma, igual que en el 89. "Otra vez", dice Jhon Jairo y pide la cuenta.

Antes de despedirnos hago la última pregunta:

—¿Alguna vez ganaste algo importante?

—Sí.

Con un gesto le indico que quiero saber qué fue.

—Un amigo, Oscar Montoya, vendía boletas rifando un taxi; me lo gané, nuevo y con cupo. La boleta era la 735, me acuerdo porque también jugué un chance por la lotería de Medellín con el 0735.

—¿Cuánto ganaste en el chance?

—Cinco millones... taxi nuevo y cinco millones, mi mejor año. Con esa plata me pegué una borrachera dura, me compré una casa y me sobró.

—¿Una casa por cinco millones? ¿Cuándo fue eso?

Jhon Jairo suelta una risotada que se roba la atención de todos los que están cerca, la misma que debió usar cuando jugando a las cartas guardaba lo mejor para el final:

—En el 89 —responde—. Pa ganar duro, hay que sufrir duro.

Bautizo de hierro

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías: Archivo BPP

El fracaso de la compañía de autobuses que fundó Ricardo Olano en 1913 fue tal vez el primer impulso para el tranvía eléctrico de Medellín. Olano trajo tres buses como los que había admirado en sus viajes a Berlín y París, y montó tres líneas con choferes uniformados al volante, una a La América, otra a Buenos Aires y una más a Villa Nueva, hasta la calle Bolivia. Pero los buses resultaron muy pesados para la frágil modernidad de una ciudad obsesionada con el "progreso".

"En plena luna de miel de la empresa comenzamos con los inconvenientes: conductores que se robaban fondos, choferes que faltaban al trabajo algunos días interrumpiendo el servicio, etc. Pero lo más grave fue el asunto de las cañerías del acueducto. Todas eran entonces, en Medellín, de barro y algunas muy superficiales. Los aparatos rompieron algunas que tuvimos que arreglar y entonces cada cañería que se dañaba se la atribuían a los autobuses", dice Olano en sus memorias. Tuvo que venir el Ferrocarril de Antioquia a comprar los tres buses de Olano para el servicio de pasajeros y carga a La Quiebra.

Olano se apresuró con sus motores a gasolina y sus llantas de caucho. Era el momento de los rieles. El idilio era otro. Julio Vives Guerra lo dejó claro en las líneas de una crónica de 1914: "Estamos en la luna de miel del ferrocarril. No se oye hablar sino de rieles, locomotoras, estaciones, carros de primera, ídem de segunda, y etcétera". Medellín tenía cerca de setenta mil habitantes y el tren era el medio de transporte de ricos y pobres que atravesaban el valle de sur a norte. Tres años llevaba el Ferrocarril de Amagá trasteando sus pasajeros entre las estaciones de Medellín y Caldas, con paradas en El Poblado, La Aguacatala, Envigado, Sabaneta, Itagüí y Ancón. Lo demás eran 516 carretas, 259 bicicletas, 68 coches y 13 automóviles.

El ruido y los modales de las locomotoras y los vagones imponían la lógica de un tren citadino, hecho para el tamaño de las calles y las necesidades de los nuevos barrios. El recuerdo fugaz del tranvía de mulas –apenas rodó diez años, entre 1887 y 1897– también empujaba a olvidar esos tiempos provincianos, a demostrar que la ciudad estaba instalada en el siglo XX a pesar de la constancia del cagajón sobre las calles.

La élite de Medellín se reunía alrededor de la Sociedad de Mejoras Públicas y la Escuela de Minas. Desde allí salieron los primeros planos y las cuentas iniciales del tranvía. Con la tesis de los alumnos de Alejandro López, inventor, ingeniero, intelectual, político, uno de los patriarcas de la industria antioqueña, apareció el "Anteproyecto del tranvía eléctrico para Medellín". Años antes su tesis de ingeniero daba el primer campanazo para uno de los proyectos insignes de toda una generación: "El paso de La Quiebra en el Ferrocarril del Antioquia". Los alumnos de la Escuela de Minas escribían sus tesis y hacían los planos de lo que se llamaba "Medellín futuro". Los periódicos comenzaron a apoyar la iniciativa y muy pronto la Sociedad de Mejoras Públicas la llevó al concejo como una misión prioritaria. Juan de la Cruz Posada fue el encargado de presentar el propósito desde su pedestal de cargos y pergaminos. Había sido gerente de la mina El Zancudo, de la Cervecería Antioqueña y del Ferrocarril de Antioquia.

El proyecto tenía la bendición de quienes mandaban en las ideas, la banca y la política. La creación de las Empresas Públicas de Medellín le entregó la fortaleza administrativa al proyecto y los banqueros extranjeros que estaban llegando le pusieron el visto bueno definitivo. En 1919 los estudios llegaron desde Alemania con la firma del ingeniero Augusto Woebckman. El señor nunca visitó la ciudad pero se supone que trazó las líneas ojeando la tesis de los alumnos de Alejandro López. Las Empresas Públicas, además de la energía, los teléfonos, el acueducto, la plaza de mercado y el matadero, manejarían el tranvía eléctrico que recibió su primera chispa el 12 de octubre de 1921, luego de la inauguración de la planta de energía de Piedras Blancas.

En solo un año se construyó la primera línea desde la Plaza de Cisneros hasta La América. Luego de ocho años de trabajos, el tranvía tenía estaciones al norte en el Cementerio San Pedro, en Moravia y en Manrique, en Palos Verdes; al oriente en Buenos Aires, hasta la llamada Puerta Inglesa, y en el barrio Boston; al occidente en Belén y Robledo, hasta la famosa esquina de El Jordán; y al sur en la plaza de El Poblado. La revista *Letras y encajes* recomendaba las prendas para lucirse en los vagones. Los cuarenta kilómetros de líneas del tranvía habían cambiado el aspecto de la ciudad y sus rieles plateados eran el orgullo de los nuevos planos. Ahora los nuevos habitantes de los arrabales a los que había cantado Carrasquilla se guiaban por los trazos citadinos hechos con escuadra y compás. Para que no todo fueran casas pintorescas y poemas bucólicos. "La ciudad se desarrolla, se extiende, se ramifica a la redonda, bien así como encina centenaria. Y si por las ramas se deduce el tronco, por los arrabales habrá que suponerse la cepa de donde nacen".

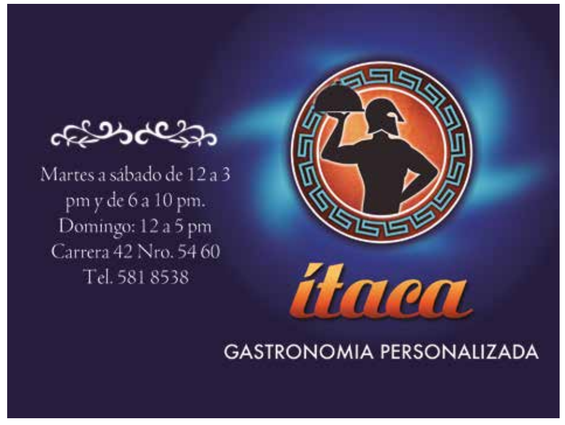
El día de la inauguración las palabras del presidente del concejo municipal enmarcaban los cuatro kilómetros hasta La América. Las banderas se cruzaban en el frente de los tranvías. Ciudadano era sinónimo de pasajero: "El tranvía eléctrico… Vedlo ahí, señores, delante de vosotros, sumiso como un esclavo fiel, listo a serviros en cualquier momento, es el vehículo popular por excelencia, el elemento indispensable de la vida ciudadana en todas las naciones del mundo: fácil, seguro, rápido, cómodo, barato, democrático como nuestra índole… Por lo que en él hallan cabida por igual el viejo y el mozo, el potenciado y el mendigo, el grave sacerdote y el estudiante despabilado".

El tranvía fue un bautizo de hierro y energía para la ciudad. Algo alegraba a la villa luego de los incendios de 1921 que dejaron en ruinas el Parque Berrío. Escombros y tranvía reluciente era el paisaje contradictorio del momento. Medellín crecía siguiendo el orden de los planos, y el ruido de los rieles y las catenarias se convirtió en costumbre, y cada vez era más importante el reloj en la muñeca para medirle el tiempo a los vagones. Poco a poco el asombro se cambió por los reclamos. Los ciudadanos ya no viajaban boquiabiertos sino con el ceño fruncido. Dos crónicas de Ricardo Uribe Escobar muestran qué tan rápida fue esa evolución. En la primera, llamada *Tranvía* y escrita en abril de 1921 todo es entusiasmo civilizador: "Hasta miedo sentí cuando al llegar a la esquina de don Lisandro Uribe, en plena plaza principal, alcancé a ver unas paralelas de hierro. Pensé que se nos había entrado al marco de la plaza "la yegüita de don Camilo", como llamaban los envigadeños el ferrocarril de Amagá. Pues no señor. Un policía, como antes llamábamos a los guardias en Antioquia, me sacó del engaño: Es pa'l tranvía, me dijo con aire magistral. Los toqué con el pie, esos polines y esos rieles que, a la misma sombra de la iglesia mayor, vienen a meterse, atrevidos y entradores, en un profano deseo de civilización (…) Buen provecho le haga a los jóvenes la transformación del pueblo en urbe complicada y peligrosa".

Llegaban las cartas con las quejas de los usuarios y el tranvía apenas tenía un mes rodando. El 12 de diciembre *El Colombiano* publicaba el testimonio de quien firmaba como "Urbano de la Calle y las Casas". El tranvía pasaba cuando le daba la gana, cual ruleta, unas veces cada siete minutos, otras cada diez, cada cuarto de hora o cada media si había mala suerte, decía el quejoso. Y la segunda crónica de Uribe Escobar, llamada *Otra vez el tranvía*, se ocupaba de rematar la ruta luego de sus dos experiencias a bordo: "No me explico por qué motivos –viejo desconfiado– me dejé llevar por el entusiasmo al hablar del tranvía (…) Cuando estrené mis posaderas en uno de los carros eléctricos, me enculequé completamente y quise convertir en aeroplano el tranvía, es decir ponerlo por la nubes, deslumbrado por la bonitura de los vagones y por algún contacto esférico femenino que me tocó en suerte esa ocasión (…) Pues ayer en la tarde volví a hacer la gracia. Había subido yo a Buenos Aires a dar un paseo y se me ocurrió bajar arrastrado. Esperé la máquina en una esquina por más de media hora. Llegó al fin, alcé la mano izquierda, para que lo pararan, me acerqué y de pronto me vi empujado y estrujado y tirado sobre uno de los asientos, porque cuando yo trataba de subir, diez o doce muchachos y cuatro o cinco hombrones se precipitaron a la portezuela, y sin pagar siquiera, casi por sobre mi cadáver, se metieron al carro…".

En 1938, cuando el tranvía movía cerca de diez millones de pasajeros al año, ya se hablaba de los "lentos cajones rodantes" y el que había sido hermoso ahora era "antiestético". Hasta el alcalde de la ciudad decía, soñando con el olor de la gasolina, que la labor del tranvía era "misión cumplida". En 1940 el concejo autorizó al alcalde la conformación de un sistema municipal de buses de transporte público. La suerte de los tranvías tenía ya un sello de defunción oficial. Para 1945 ya había dos mil automóviles, 932 camiones y 894 buses en la ciudad. Los 61 tranvías que rodaban en ese año eran una franca minoría. Era el tiempo de las calles. Algunas rutas no resultaban rentables por el número de pasajeros y el nuevo plan regulador de la firma norteamericana Wiener & Sert marcaba distintas necesidades. El pavimento era la nueva panacea. En 1950 ya solo operaban las líneas de Manrique, Belén y Aranjuez. En el 51 se oyeron las últimas campanadas del tranvía y algunos de los vagones guardados en los garajes de la estación en Manrique terminaron convertidos en las casas de los choferes que habían perdido su trabajo y reclamaban sus derechos pensionales. Ahora la ciudad hablaba de los edificios de los nuevos bancos, de la carretera al mar y la represa de Río Grande. En solo treinta años el tranvía se había hecho viejo e inútil. UC

Bautizo de hierro hace parte del proyecto editorial sobre la historia del tranvía que realiza el Metro de Medellín en coedición con Universo Centro.

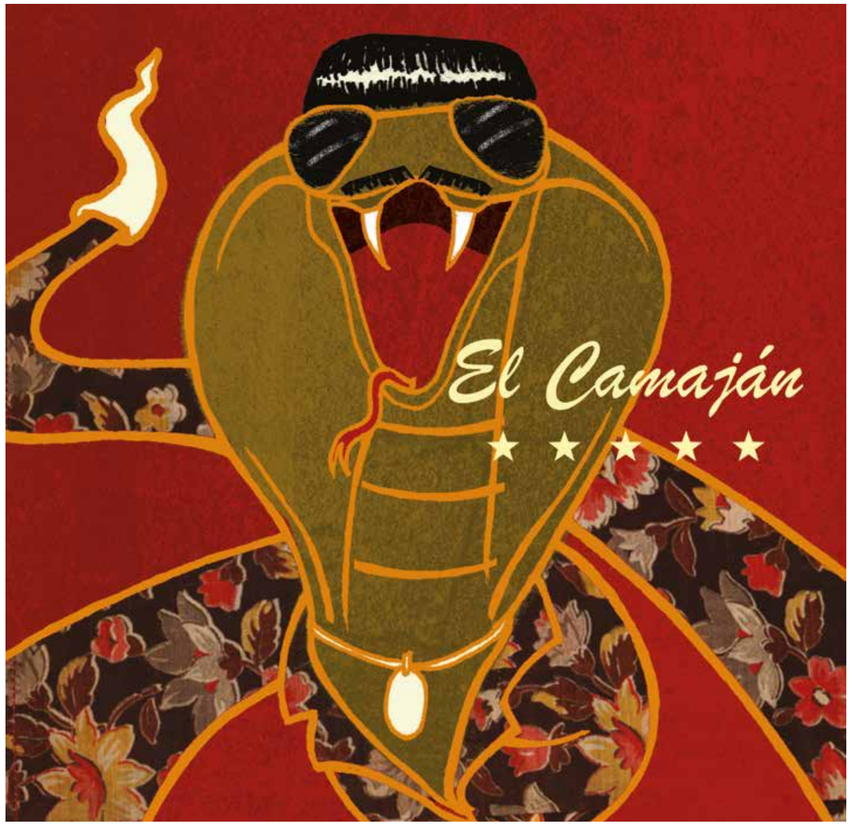


VIRAO Y HABLANDO COMO UN BABALAO

(CARTA A LATINA STEREO)

por MARIO JURSICH DURÁN

Ilustración: Alejandra Congote



Estimado Elmer:

Desde que tus amigos me propusieron escribir para el libro de los treinta años de Latina Stereo, me llené de entusiasmo. Es una emisora que admiro muchísimo y a la que vengo siguiendo con particular devoción desde que puedo sintonizarla a través de internet. Si antes la oía de vez en cuando, ahora no pasa semana sin que me goce, por ejemplo, las dos horas de Oye la charanga, sin que consulte el elepé del mes o sin que me embarque en la chalupa intergaláctica de Afronautas. Latina Stereo me gusta porque alimenta mi pasión de toda la vida por la música del Caribe, pero sobre todo porque exacerba mi curiosidad de coleccionista. Lo conocido y lo extraño, lo propio y lo extranjero: no es fácil cumplir con ambas premisas en el corazón de un melómano y ustedes lo han hecho de maravilla.

Mira tú la paradoja: aunque he ido más de cincuenta veces a Medellín, nunca ha sido por más de una semana. Eso me detiene y me llena de aprehensión a la hora de contar algo sobre la rumba salsera en la Bella Villa. ¿Qué podría decir yo, el hijo de un italiano y una guajira trasplantado a Bogotá, que no sepan ustedes?

Al comenzar los ochenta Medellín estaba dejando de ser la ciudad de provincias que siempre había sido. No diré que se estaba modernizando, o que se estaba volviendo más cosmopolita. Era algo distinto, un movimiento de placas tectónicas cuya razón de ser —el narcotráfico— ya era una realidad cotidiana. Recuerdo muy bien que una noche de 1985 mi amigo Juan Carlos Pérez y yo fuimos a comer a un restaurante en Laureles. Nos acabábamos de sentar, estábamos curioseando la carta, cuando se desató una balacera. Por fortuna no hubo muertos ni heridos, pero el incidente fue como un aviso de lo que se estaba cocinando en la ciudad. A partir de ahí todo me pareció una reafirmación de ese bautismo de fuego.

En aquella época, el epicentro salsero de Medellín estaba en Palacé. Había huecos sabrosos por La Playa o en San Juan, donde era bastante común encontrar grupos de gamines escuchando, absolutamente embelesados, las guarachas de la Sonora Matancera en las inmediaciones de un bar (alguien, algún día, tendrá que documentar ese eterno romance entre la gran orquesta cubana y Medellín). Pero la verdadera esquina del movimiento, *the place where the action was*, estaba entre Maturín y Amador. Tú ibas, por ejemplo, al Aristi, y te encontrabas con una fauna de camajanes que ya entonces era anacrónica, lo cual no implicaba que dejaran de llamar la atención. Los camajanes, nombrados así por su flacura musculosa, llevaban por lo general el pelo engominado, una camisa de flores remangada hasta el codo (por supuesto: abierta en el pecho), un cadenón de oro falso con algún santo de buena labia en la medalla, pantalones blancos y zapatos boleados con Griffin Allwite. El modelo de todos era, qué duda cabe, el cantante puertorriqueño Daniel Santos, auténtica deidad en una ciudad en la que no faltan las deidades musicales y el responsable de que, como Elvis en Las Vegas, haya en Antioquia una legión de imitadores que le copian desde el traje de bacán floripondio hasta el estilo gangoso de cantar. Todavía hoy me acuerdo de que una noche en El Diferente uno de esos camajanes, arrastrando las sílabas como hacía Daniel Santos cuando entonaba un bolero, trató de convencernos a Juan Carlos y a mí de que Tony del Mar, el más conspicuo imitador del Jefe, se había hecho una complicada cirugía plástica para que su rostro se pareciera tanto como fuera posible al cantor de *Virgen de medianoche*.

Sin embargo, los clientes más comunes en esos bares de Palacé eran de otro estilo: estudiantes como nosotros, gente de la Nacional o de la Universidad de Antioquia que buscaba un oído y réplica para las conversaciones anticapitalistas, zapateros que iban al Pasaje Coltejer en busca de cueros de distinta gama y luego decidían premiarse con una cerveza, obreros de la construcción —no olvides que allí cerca estaba empezando a construirse La Alpujarra— y sobre todo muchachos de los barrios, Buenos Aires, Boston o La Milagrosa, que parecían estar haciendo casting para *No futuro*, la película de Víctor Gaviria, y que todo el tiempo hablaban a los gritos. La mayoría llevaba el pelo cortado al rape y una larga cola sobre sus hombros (el típico peinado que luego popularizarían los futbolistas del DIM y del Nacional). Lo curioso es que, pese a la tensión ambiente, a la impresión de desastre al alcance de la mano, a la sensación, absolutamente física, de que algo grave iba a pasar en cualquier momento, era fácil enfrascarse en apasionadas conversaciones con aquellos amenazantes desconocidos. Más de una vez Juan Carlos y yo terminamos compartiendo una cerveza con pelados que, unos minutos atrás, parecían dispuestos a despojarnos de cualquier cosa que lleváramos encima, la vida en primerísimo lugar. En cambio nos poníamos a discutir si *Nothing but the truth*, uno de los elepés más raros de Rubén Blades, era una traición a su espíritu latinoamericanista, o a corear alguno de los temas que, increíblemente, todos en el bar parecían saberse. Tú sabes que la memoria es engañosa, pero podría sostener con bastante seguridad que en aquellos tiempos eran muy populares dos canciones que hoy en día se nos antojan raras: *Cabo de la guardia*, de Alfredito Valdez Jr. (ese que dice "Cabo de la guardia / Siento un tiro ahé") y *La culebra* de la Orquesta La Conspiración. No me extraña: si repasas la letra de cualquiera de las dos, verás que son trasuntos metafóricos de lo que entonces pasaba en cualquier barrio de la ciudad, fuera bravo o burgués.

Retrospectivamente, yo me explico tanta tensión porque en esos bares apenas se bailaba. Eran lugares pequeños, atiborrados de mesas y sillas, donde la música sonaba a un volumen ensordecedor y donde existía un personaje, el salonero, cuya misión era impedir que la gente se tomara los pocos espacios libres para fajarse en un son de altura o un guaguancó. A la distancia, me da la impresión de que tantos conatos de bronca, tantas peleas, navajinas y balas perdidas fueron la consecuencia de no poder desfogar en la pista la delirante energía que desata la salsa. ¿Cómo no ibas a enojarte si, como en la canción de los Lebrón, estabas "virao y hablando como un babalao" y venía un tipo con su bigotico de arriero a cortarte el *happy*? ¿Cómo no ibas a perder la paciencia si ahí estaba el "alcapone" tirándote todo ese vatiaje y tú nada que podías responder? Medellín siempre ha sido así: muchas, incontables incitaciones al deseo; pocas oportunidades para satisfacerlo.

Y algo más: en aquellos tiempos, por razones que nunca he podido dilucidar, estaba de moda el color rojo. En los bares de Palacé todo era de rojo: las pupilas de los mariguaneros, la formica de las mesas, la cuerina de las sillas, el plástico de los vasos, las luces de los baños, donde en vez de "hombres" y "mujeres" a menudo se podía leer "tonys" y "nenas". Tú entrabas a esos lugares y —qué vaina decirlo— era como si sintieras un llamado lumínico de la sangre.

Dicho sea al margen: conocí a Alonso Salazar en 1990, poco antes de que publicara *No nacimos pa semilla*, el libro que desveló la quebrantante realidad de los jóvenes pandilleros de las comunas. En esa época yo trabajaba en la *Gaceta* de Colcultura y fui con Guillermo González, mi jefe, a entrevistar a quien años después sería alcalde de Medellín. En medio de la charla, Alonso nos mostró una copia mecanografiada del libro y por eso sé que su primer título era *Mata que Dios perdona*, el mismo de una canción de Jorge Cabrera que, te juro, era como un himno en los bares salseros de Palacé. Es una pena que a los editores del Cinep les resultara excesivamente realista y que presionaran para cambiarlo. De haber conservado el original, los lectores hubieran captado con mayor rapidez que la salsa, al menos en aquellos años, le hablaba al oído a la gente joven en Medellín. Les servía no tanto para bailar sino, sobre todo, para darle un sentido a su vida.

En caso de que estas notas de salsa y política te gusten, puedo añadir que en aquel tiempo estuve varias veces en el Habana Club, el bar fundado por un señor de apellido Castro y su entonces desconocida esposa, Piedad Córdoba. Allí también pude conocer la estampa inolvidable, como de ídolo prehispánico, del otro jefe sonero de Medellín, Orlando Contreras. La noche que te digo, el autor de *Amigo de qué* y tantos otros boleros inolvidables iba vestido en tonos funerales: era negro el sombrero guajiro que le cubría la cabeza y lo hacía ver mucho más alto; era negro el chaleco azul cobalto, encima del cual le brillaban las cadenas de un oro que se me antojaba de catorce quilates; era negro el ron que no abandonaba su mano izquierda y que Piedad Córdoba le renovaba con la precisión de un relojero. Me maravilla que hoy, tantos años después, siga encontrándome en los bares de Medellín a otros personajes con exactamente la misma indumentaria.

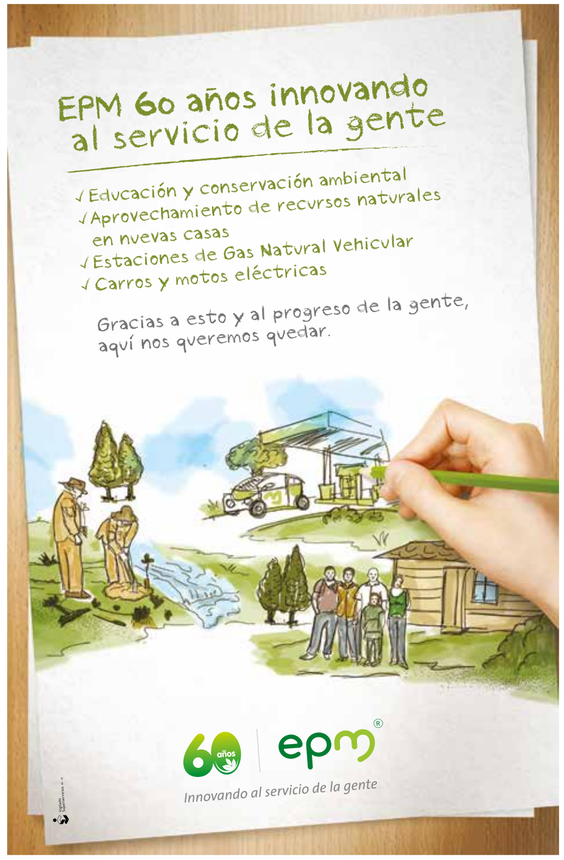
Que la salsa servía como un reafirmante de la identidad te lo confirma otra anécdota. Por ahí en el 87 Juan Carlos me presentó a Elkin Ramírez, el vocalista de Kraken. Fuimos a verlos ensayar y también, una o dos veces, a tomarnos unos tragos con ellos. Me sorprendía que esos abanderados del *heavy metal* estuvieran tan familiarizados con el son montuno y que de vez en cuando lo tocaran (por joder, por buscarles pleito a las novias en los ensayos). Cuando compré *Kraken I*, el disco inaugural de la banda, Elkin me lo rubricó con una frase que no dejaba lugar a dudas: "Por la salsa, que también es una hermandad".

No sé si a ti te pasa, pero a veces uno condensa toda una historia en una imagen. En mi caso, cada vez que pienso en las palabras "salsa" y "Antioquia" vuelvo inevitablemente a un bar que, según me han dicho, ya no existe: Brisas de Costa Rica. Juan Carlos y yo estábamos allí tardeándonos un ron cuando aparecieron dos pelados y una chica de unos diecisiete o dieciocho años. Ellos respondían a la facha que te describí antes; para mayor ignominia, el corte de pelo nos los favorecía y los hacía ver particularmente turbios. Ella, en cambio, era hermosísima, salvo por un detalle: los brazos le llegaban apenas hasta los codos, y de ahí le salían una de esas manos mínimas que distinguen a las víctimas de la talidomida. Se sentaron a dos mesas de nosotros, pidieron unos aguardientes y estuvieron hablando un rato largo. De pronto, como si fuera la cosa más natural del mundo, uno de los muchachos sacó a bailar a la chica. No puedo describirte la gracia con que se movían, la finura con que él tomaba su diminuta mano y le daba vueltas por toda la pista. Así estuvieron, alternándose la pareja por más de dos horas. No miento si te digo que en mi antología personal de escenas de amor esa es la mejor, la irrepetible.

Y puede que sea una fantasía mía, pero siempre he pensado que esa muchacha —y también sus dos acompañantes— fueron de los primeros oyentes que tuvo Latina Stereo. Fíjate que no es descabellado: esto debió suceder hacia 1988, tres años después de fundada la emisora. Sea como sea, me gusta creer que ella y ellos todavía andan por este mundo y que, en tardes como esta, oyendo Latina Stereo, repiten la escena que a Juan Carlos y a mí nos dejó boquiabiertos, deslumbrados.

Recibe el más fuerte de los abrazos. Y que la emisora cumpla, por lo menos, otros treinta años. UC

Elmer Vergara (1964 - 2015) fue uno de los primeros directores de Latina Stereo y gran responsable del estilo de la emisora.



Bienvenido a la India

Prohibido escribir

por IVÁN HURTADO

Ilustración: Hernán Franco Higuita

En 2014 estuve en la India, pero me está prohibido hablar de eso.

La cosa es así:

Pedí la visa, me llamaron a entrevista en el consulado, el cónsul me preguntó a qué me dedico y le dije que soy periodista. Antes de la entrevista tuve que llevar impreso un formulario donde se me preguntaba en qué área trabajo (puse medios) y otras minucias, como los nombres y el lugar de nacimiento de mis papás y si había visitado Pakistán, un país con el que la India ha peleado tres guerras desde su independencia simultánea en 1947. Para visitar la India, uno debe tener en la cuenta bancaria un promedio de mil dólares mensuales, que no es mucho, pero mis extractos estaban por debajo de eso y creí que la entrevista era para preguntarme cómo se me ocurría que iba a costearme un mes de viaje por el país que más pobreza concentra en el planeta.

Nada de eso.

Apenas dije que era periodista, el motivo de mi visita al cónsul quedó claro. Yo iba a viajar con un amigo y los dos habíamos llevado juntos los documentos para la visa, pero él no trabajaba en medios: su visa fue otorgada sin entrevista. A mí, en cambio, tras oír la palabra mágica, el cónsul me hizo saber que tenía que pedir una visa de periodista. Dijo que no significaba que me iba a negar la entrada, solo que debía pagar el doble (parece que no conoce los sueldos del periodismo) y que no podía escribir sobre mi viaje.

Es injusto, le dije. No estuvo de acuerdo.

Es cierto que he escrito algunas crónicas y reseñas de uno que otro destino, pero me estaría engañando si dijera que soy un autor de viajes. Es verdad también que he hecho trabajos periodísticos, pero tampoco me considero un periodista. Mi formación es de comunicador, un término que para muchos es intercambiable con el de periodista. Pero un comunicador en realidad es alguien que no sabe nada y por lo tanto puede hacer muchas cosas: yo hago trabajos de corrección, edición, redacción y, ocasionalmente, periodismo. Mi campo de especialización dentro de la comunicación —por así decirlo— es la edición. No el periodismo. Y la mayoría de los trabajos que hago, al menos la mayoría de los que me permiten vivir de algo, no tienen que ver con periodismo.

¿Por qué dije entonces que era periodista? Por tomar un atajo, supongo. Cuando a uno le preguntan a qué se dedica esperan oír una respuesta directa, no una retahíla como la del párrafo anterior. Y porque no sabía de la ridícula norma india según la cual todo periodista y escritor de relatos de viaje debe pedir una visa especial para visitar el país. De haberlo sabido, probablemente lo habría evitado. Pero al fin y al cabo el periodismo se basa en la verdad, me digo.

Uno es muchas cosas a lo largo de la vida. Estudiante, amigo, compañero, vendedor, cliente, practicante, empleado, cumpleañero, novio, exnovio, novio otra vez. Otra de las muchas posibilidades que tiene uno de ser algo transitorio a lo largo de la vida es la de turista. Uno va, cámara al cuello o no, embadurnado o no de protector solar, a visitar un lugar al que no pertenece. Es algo democrático: independientemente de la vestimenta o de la foto que cada uno se tome o de la forma en que se gana la plata, todos los que recorren un sitio para conocerlo, sin ningún otro motivo que el de estar ahí por estar ahí, son turistas. En sus casas o sus países pueden ser lo que sea, pero frente al monumento o en el palacio o en la ciudad todos están para hacer turismo. Yo puedo ser periodista, si se quiere, o comunicador, pero en el momento en el que viajo soy un turista más, como el amigo con el que viajo, que puede trabajar en una panadería o en construcción y ser ingeniero o administrador. El viaje hermana. Nos une. No importa que el uno tenga una profesión y el otro, otra. O sí. En la India importa. Aunque no existe una visa de ingeniero ni una visa de zapatero, para que un periodista ponga un pie en la India debe pedir una visa que se le ajuste. Para la India, un arquitecto puede ser un turista, pero un periodista nunca deja de ser periodista.

En *Mi primer pasaporte*, Orhan Pamuk dice que treinta años después de sacar por primera vez el documento para reunirse con sus padres en Ginebra, donde su papá había conseguido un trabajo luego de un periodo en París, se dio cuenta de que alguien había descrito mal el color de sus ojos. "Lo que esto me enseñó fue que —escribe—, contrario a lo que yo había creído, un pasaporte no es un documento que nos dice quiénes somos sino que muestra lo que otros piensan de nosotros".

Tal vez lo que significa mi visa no es que yo sea periodista, sino que así me ven los demás. O, al menos, la burocracia india. Y para esa burocracia, escribir sobre la India sin autorización del consulado está mal visto. Porque el cónsul no me prohibió escribir sobre su país: me dijo que si quería publicar algo sobre la India podía hacerlo, siempre y cuando se lo dejara ver antes. Ya otra vez una periodista lo había hecho, y le había quedado muy bien, dijo.

No tenía que atravesar medio planeta para darme cuenta de que iba para otro mundo.

"Yo he vivido toda mi vida en la India, un país que se vende a sí mismo como la democracia más grande del mundo (también ha usado adjetivos como la 'más grandiosa' o 'la más antigua')", escribe Arundhati Roy. Con más de ochocientos millones de habitantes en capacidad de ejercer el voto, esa afirmación podría ser teóricamente válida. Pero todos sabemos que una cosa es la teoría, y más cuando se trata de política. India parece olvidar que la libertad de expresión es uno de los pilares de la democracia. Y cuando le dice a alguien que puede visitar el país, pero no hacer pública su experiencia, no hay libertad de expresión.

Yo no tenía la intención de escribir sobre mi viaje a la India, pero debo admitir que era una posibilidad. Independientemente de que existiera la idea, no me gustó que me negaran esa posibilidad, que me quitaran la libertad de hacer algo. Y me empecé a preguntar qué pasaría si escribía sobre mi paseo. ¿Qué podía pasar? ¿Me declararían *persona non grata*? ¿Me negarían la visa en un futuro? Ciertamente, no iba a generar un conflicto internacional.

Poco antes de la fecha de mi vuelo, soñé que estaba de nuevo en el consulado. El cónsul era amable y los dos sonreíamos. Sonriendo, me hacía saber que si publicaba sin su autorización podría terminar en la cárcel durante un año. Supongo que este es uno de los resultados de la negación de las libertades: la represión no nos deja tranquilos ni siquiera durante el sueño.

La visa de periodista tiene una vigencia más corta que la de turista. Normalmente, a los turistas les dan la visa por seis meses, con múltiples entradas. A los periodistas, por tres meses, solo con una entrada. Si quería atravesar una frontera, no podía, por ser periodista. Mi amigo, por no ser periodista, podía ir a Nepal y volver a la India, si quería. Yo tendría que esperarlo a este lado de la frontera. Pero esa no era la idea.

No puedo hablar sobre mi experiencia en la India, pero me atrevo a creer que no está mal si señalo uno de los aciertos de su sistema de transporte. Los tiquetes de tren salen a la venta con tres meses de anticipación, lo que quiere decir que para conseguir los mejores puestos hay que planear con tiempo. La primera clase se vende rápido (por un viaje de diecinueve horas en primera clase pagamos poco más de treinta dólares entre mi amigo y yo), y pueden agotarse los puestos en todas las demás clases menos una, que es la más barata y para la que los pasajes se pueden comprar el mismo día del viaje. La comodidad, por supuesto, va decayendo. Pero los turistas difícilmente planean, y mucho menos con tres meses de antelación. Uno de los placeres de viajar está en descubrir, en desviarse de la ruta establecida. El acierto del sistema ferroviario está en que, al menos en cinco ciudades, las estaciones cuentan con una oficina para los turistas, para quienes reservan hasta última hora algunos puestos en las distintas clases (allá saben que viajar en tren no es caro para los extranjeros) y a quienes les venden los tiquetes sin necesidad de unirse al caos de las filas.

Pues bien, para la primera parte del recorrido fuimos a una de estas oficinas. Un sij de turbante azul nos ayudó a planear unos cuatro o cinco trayectos: nos dijo cuáles vagones estaban disponibles, nos aconsejó sobre el tiempo de estadía en cada ciudad, nos cuadró el itinerario por unos días. Luego nos dijo que pasáramos a una de las cajas, donde una mujer, al revisar mi visa, dijo que no podía venderme los tiquetes para turistas y que tenía que esperar a ver si, al final, los pasajes que tenían guardados para los extranjeros se liberaban, y entonces sí los podría comprar. Allí se nos reveló que no solo había tenido que pagar más por mi documento, y que no solo tenía restricciones para entrar y salir del país y para escribir, sino que además tampoco podía beneficiarme de las comodidades que la India reserva a sus visitantes. No importaba que mi amigo y yo fuéramos en el mismo plan. Yo había cometido la imprudencia de haber ejercido el periodismo.

Me está prohibido relatar qué pasó en esos trayectos de tren, y no puedo decir hasta dónde me llevaron. Tampoco puedo contar si llegué hasta Bundi, en el Rajastán, ni si un día mi amigo y yo nos pusimos a hablar allí con un australiano en una tienda de té. No puedo decir si las paredes de la tienda estaban llenas de dibujos que los visitantes dejaban en agradecimiento al dueño, ni si él pasaba sucios cuadernos rojos a sus clientes para que le escribieran un mensaje mientras, con los pies descalzos cruzados en posición de loto, machacaba con una piedra los ingredientes del té masala sobre una barra de hierro en el piso. Tampoco puedo comentar si yo escribía o no, ni si lo hacía sobre el fervor que veía por el cuestionable y recién llegado al poder primer ministro, cuando empezó o no la conversación con el australiano. Supongo que podría hablar sobre un australiano que conocí y que llevaba cuatro años viajando por la India, con unos meses fuera, en España y Turquía, pero no podría decir si recorría las carreteras indias en una Royal Enfield. Me está vedado decir si, cuando le conté de la visa de periodista, el australiano se sorprendió y dijo que al fin y al cabo todo el que viajaba en la India estaba escribiendo sobre su experiencia. Porque algo de razón podía tener el australiano, ya jubilado, si es que dijo eso: puede que quienes viajan a la India actualicen sus blogs desde sus computadores portátiles, se la pasen conectados, les hagan saber a los demás sobre su viaje, pero no puedo decirlo. El mismo australiano, tal vez, escribe una columna sobre la India para un periódico indio en inglés. Y puede que estuviera pensando en pedir una visa de residente. Puedo asegurar, sí, que no tenía una visa de jubilado.

Porque hay visas absurdas.

No creo que muchos estarían de acuerdo en que un país otorgara la visa dependiendo de la raza o de la orientación sexual. Cierto, uno no elige nacer negro o blanco o latino, pero sí escoge su carrera. En cualquier caso, eso no quiere decir que no pueda pensar por un momento en salir del país y ser un turista más en una tierra lejos de donde nació. Las vacaciones se tratan, precisamente, de dejar el trabajo por un tiempo. Y cuando uno va a pedir permiso para entrar a conocer un país, espera recibir el mismo trato que reciben los demás, sin importar a qué se dedica.

Lo que esto demuestra es que el recelo que despiertan los periodistas no se limita a los extremistas o a los carteles de la droga o a los políticos corruptos. En la India, el recelo es una cuestión de Estado. Aunque el fin sea el mismo (hacer turismo), al tener una visa especial para los periodistas y otra para el resto de profesionales, la India clasifica a sus visitantes, los estratifica. Tal vez esto no debería sorprender, tratándose de un país donde uno es lavandero o agricultor o jinete de elefantes dependiendo de su casta.

No fui a la India con la intención de escribir sobre mi viaje. Cuando he publicado artículos de algún lugar son resultados colaterales; escribir no es el motivo que me lleva a viajar. Sobre la India pueden decirse muchas cosas, es cierto. Yo no sé hasta qué punto lo habría hecho o, al menos, intentado. Pero desde que el cónsul me dijo que no podría escribir sobre su país, supe que me había dado un tema mejor que reseñar un destino.

Supongo que debo darle las gracias al consulado indio. UC

LOS NIÑOS QUE COMBATEN POR LA NOCHE

Fotografías y texto de
ORLANDO ECHEVERRI BENEDETTI

1. Rituales en la niebla

En la cuarta pelea se enfrentarán dos muchachos de catorce años. Solo son niños pero tienen la mirada severa de los peleadores consagrados, los pómulos con heridas que se han abierto y restañado una y otra vez, el tabique ligeramente achatado, las cejas tumefactas y lampiñas por el hábito a los golpes. Guardan silencio, inmóviles como efigies en medio de una alborotada multitud que se agolpa en torno a un hombre sin dientes que controla las apuestas a los gritos. Entre los apostadores están sus padres, mientras en las gradas aguardan sus madres envueltas en rebozos oscuros, los extranjeros a quienes los nativos llaman *farangs*, las hermanas recién casadas con niños en brazos que lloran o duermen o se turnan para hacer ambas cosas a su antojo.

El galpón donde se realizan estas peleas de *muay thai* está en un solar de Hat Yai, una pequeña ciudad de la provincia Songkhla, donde todavía puede sentirse la presencia de la selva del sur profundo de Tailandia. Al borde de la carretera, en medio de la niebla y del lodo revuelto que ha producido una llovizna de cuatro horas, hay puestos de junco con cuévanos abarrotados de hielo y cerveza, perros sin dueño que trazan su rumbo con el hocico pegado al suelo, parrillas de hojalata cuyos rescoldos débiles queman con lentitud una docena de embutidos por los que ya nadie querrá pagar. La entrada del galpón es una garita de ladrillo sin revocar, y en ella todavía puede verse una fila para comprar tiquetes. En una pancarta se lee el modesto nombre del lugar: Centro de entrenamiento Hat Yai. Para los hombres la entrada cuesta 240 baht (6,7 dólares estadounidenses). Las mujeres, en cambio, solo pagan cien.

Dentro del recinto se bebe y fuma indiscriminadamente y junto con la bruma que se filtra por el techo de zinc el aire viciado se torna irrespirable. A un costado del cuadrilátero, protegidos por un cerco, se ubican cuatro hombres que constituyen la orquesta de *sarama*, la música que da ritmo y clímax a las peleas. La banda está compuesta por dos clases diferentes de oboe y un par de címbalos tailandeses.

Los peleadores empiezan a subir a la plataforma. Cada uno viste pantalones cortos azul o rojo, ambos con flamas bordadas y filigranas plateadas. Investidos por cierta solemnidad de santo deben pasar por encima (jamás por en medio) de las cuerdas del ring. Llevan en la cabeza sendos *mongkol*, una banda tubular sagrada, mezcla de cuerda basta y seda fina trenzada por monjes budistas que solo puede ser puesta y retirada por el maestro de cada luchador. Violar estas reglas es considerado un irrespeto grave a tradiciones centenarias y puede, incluso, acarrear mala suerte. Se dice además que si el *mongkol* llegara alguna vez a tocar el suelo, quedaría de inmediato desprovisto de sus propiedades místicas.

En el preámbulo de cada pelea los púgiles se inclinan en su respectiva esquina y oran con las manos juntas frente a sus caras. Luego ejecutan una danza llamada *wai khru ram muay* en dirección a donde se encuentran sus respectivas casas. El baile exhibe el poder de cada luchador y al mismo tiempo rinde respeto al maestro y los ancestros. Cada baile es diferente. Uno de los más singulares y largos es el que solía ejecutar el famoso exboxeador Parinya Charoenphol, nacido hombre y devenido en *kathoey* (transexual), en cuyo acto simulaba mirarse en un espejo mientras se peinaba con gracia femenina.

La danza cumple, sin embargo, con ciertos movimientos comunes como hincar una rodilla en la lona y sacudir un pie en el aire como la cola de un dragón mientras que, al mismo tiempo, se hacen círculos concéntricos con los puños. Luego, cada luchador se incorpora y procede a recorrer las cuatro esquinas del ring, una vez más, con las manos en señal de oración. Al final, el maestro les retira de la cabeza el *mongkol* y el público vuelve a las gradas a presenciar el combate. Los jueces ocupan una plataforma a pocos metros del ring.

2. Música para encantar serpientes

Bajo los reflectores del ring los luchadores se estudian con meticulosidad: la cara oculta entre los brazos en guardia, una pierna siempre adelante, inquieta como un aguijón listo para desplegarse en rápida sacudida.

Cada combate dura cinco asaltos. Casi siempre, el primero transcurre entre golpes al azar para medir las cualidades del adversario y definir la técnica apropiada para la pelea. Al sonar la campana los luchadores vuelven a su esquina, en donde segundos antes un aguatero pone con rapidez una palangana plástica con reborde para no mojar la lona. El maestro murmura al oído del luchador y, entre tanto, dos personas más bañan con agua helada sus brazos y sus piernas.

Junto a mí, entre el público, casualmente está el padre de uno de los muchachos. Aprovecha el ínterin para ponerse de pie y darle ánimo. También parece reprocharle algo. El luchador, que viste unos pantalones cortos de color rojo, lo

mira confundido a él y a su maestro, como si no lograra definir a cuál de los dos prestarle atención. Un amigo tailandés, Soda, me traduce lo que dice el padre: "Ten más confianza, golpea y cúbrete". Luego me traduce lo que habla con un hombre que está al lado: "Tengo mil baht apostados. Va a ganar".

No sabe que pronto su hijo va a caer privado en la lona.

En el tercer asalto su contrincante lo abraza y, con la rodilla, le asesta un *raid* de potentes golpes en las costillas. El réferi los separa y da la señal de que se reinicie la pelea. Es en ese instante cuando se evidencia la importancia de la orquesta. Son ellos quienes, con ese ritmo para encantar serpientes, definen la intensidad del combate. El frenesí que le imponen a la música incita a la acción como un reclamo maniático. Y ese reclamo es escuchado. Veinte segundos después uno de los luchadores lanza un *te khao*, una patada de hacha, que asesta certera en el cuello del otro, quien de inmediato se desploma como si se hubiera ido la luz en su mente. El público guarda silencio durante un momento, pero cuando el luchador derribado vuelve en sí se escuchan los lamentos de quienes han dilapidado su dinero. El perdedor es quien viste los cortos pantalones rojos.

El padre del perdedor corre al ring y lo ayuda a bajar del cuadrilátero. No hay lugar para aspavientos: en ese momento el director de las apuestas anuncia la siguiente pelea y varios hombres bajan de las gradas con la esperanza de acertar en el próximo lance. Le pido a Soda que sigamos al padre del chico que ha perdido para hablar con él. A Soda no le gusta la idea, pero finalmente accede. Lo seguimos por un salón con decenas de bolsas de boxeo y pupitres. Luego recorremos la parte trasera de las gradas. Allí están los pegadores que aguardan su turno. Todos menores de edad, con cuerpos magros, abdómenes marcados y largos brazos nervudos. Afuera, vemos que el padre del luchador enfila hacia un pequeño local con un patio recubierto por una cerca de cañizo y arcilla. En el mostrador brilla una botella de whisky donde flota una tarántula. Alguna vez había visto una similar en París, y otras más con cobras y ciempiés que vendían con la promesa de curar la impotencia o la calvicie.

El padre se sienta en una mesa. Frente a él están su hijo y un hombre con la cara ajada.

3. La leyenda, el honor y las apuestas

Después de una aparatosa presentación traducida por Soda, el hombre acepta conversar conmigo. Parece más calmado que antes, tal vez porque su hijo aún puede caminar y le intriga que un extranjero lo aborde de esta manera. Su nombre es Wi. Su hijo se llama Khamsing y el hombre que está a su lado es Ann Lejyee, su maestro y entrenador.

Wi nos invita a acompañarlo en la mesa. El semblante de su hijo sugiere que ha perdido algo más que una pelea. Encorvado en su silla rústica de cuero repujado y con la mirada oculta parece que se hubiera encogido. Ahora es de nuevo un niño que volverá a la escuela el lunes por la mañana donde, tal vez, leerá a escondidas esas historietas japonesas tan populares en Tailandia. Viste una camiseta blanca con el cuello estirado, los mismos pantalones cortos que usaba en el ring y unos tenis de tela desteñida y suela gastada. Sabré después que su padre regenta un pequeño taller donde se venden neumáticos para motocicletas y que su madre está empleada en una tienda que ofrece cigarrillos contrabandeados desde Malasia. Es fácil intuir que Khamsing quiere algo diferente en su vida, y que siente la derrota de hoy como un paso en el sentido contrario.

Mientras Wi le pide a un mesero un plato de rabas fritas, le pregunto a Khamsing si su intención es volverse profesional. Volviendo de su letargo, me dice sin el menor atisbo de duda que ya lo es. Comenzó a entrenar con Ann a los seis años. A los once ya estaba listo para pelear. Desde niño fue un admirador de los dos peleadores más célebres de la ciudad: Nong Dome Jar Yut Khong y Puankon Lek Nakom See. Su entrenamiento empezó en un minúsculo gimnasio del centro que ya no existe, y luego en el galpón donde acaba de perder. El nuevo gimnasio tiene apenas dos años de existencia. El maestro Ann Lejyee y su hermano decidieron rentar el lugar y ampliar la cantidad de alumnos. Se trata de una inversión privada. A pesar de que el *muay thai* es un deporte emblemático de Tailandia, no existe ninguna subvención del Estado para patrocinarlo.

Me pregunto cómo es posible volverse un peleador profesional de *muay thai* a tan temprana edad. Ann me explica que es el curso natural de ese arte marcial. Se comienza temprano, pero la vida útil como pegador no se extiende demasiado, como sí sucede, en cambio, con el boxeo occidental en donde hay peleadores que superan los cuarenta años de edad. Las peleas serias comienzan cuando los luchadores son apenas unos niños, de modo que las heridas, la frecuencia de los enfrentamientos y el desgaste físico producen que, por lo habitual, se retiren a la edad de veinticuatro años. ¿Y qué hace después un boxeador? Ann se echa a reír y me dice que, entre otras cosas, puede abrir un gimnasio, como él, que en sus mejores días también fue un luchador. Agrega que el país está recibiendo cada vez más *farangs* interesados en aprender *muay thai*, con lo cual se garantiza un mayor flujo de estudiantes. El precio por mes para entrenar con seriedad es de 2.500 baht, por si me quiero unir, me dice, y se ríe.

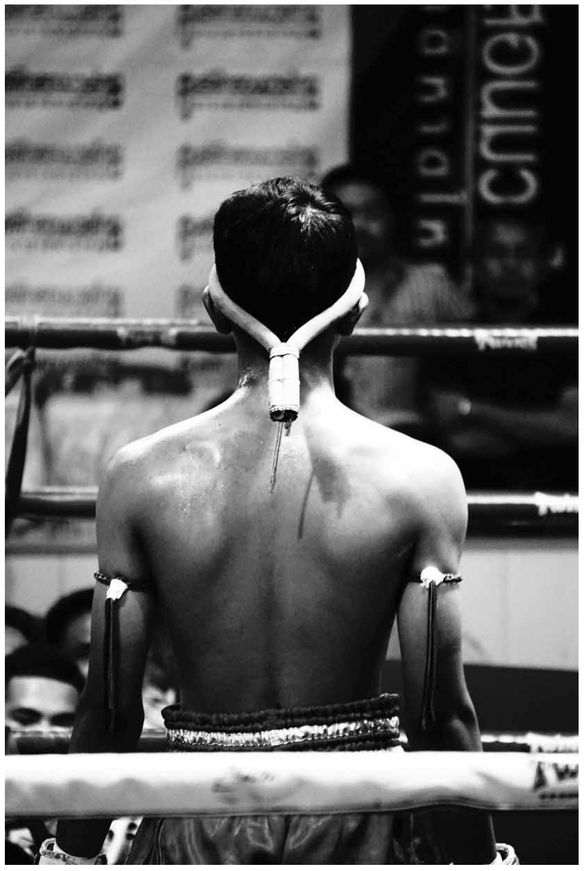
Cuando llegan las rabas le digo a Soda que les pregunte qué papel juegan las apuestas en el *muay thai*. Como es habitual, Soda considera que cada vez que abro la boca estoy a un paso de meterlo en problemas. Le sugiero que lo pregunte como una curiosidad más, no como un juicio moral. Tras armarse de valor, suelta mi interrogante mirándome de vez en cuando, como diciendo, "es él quien quiere saber, no yo".

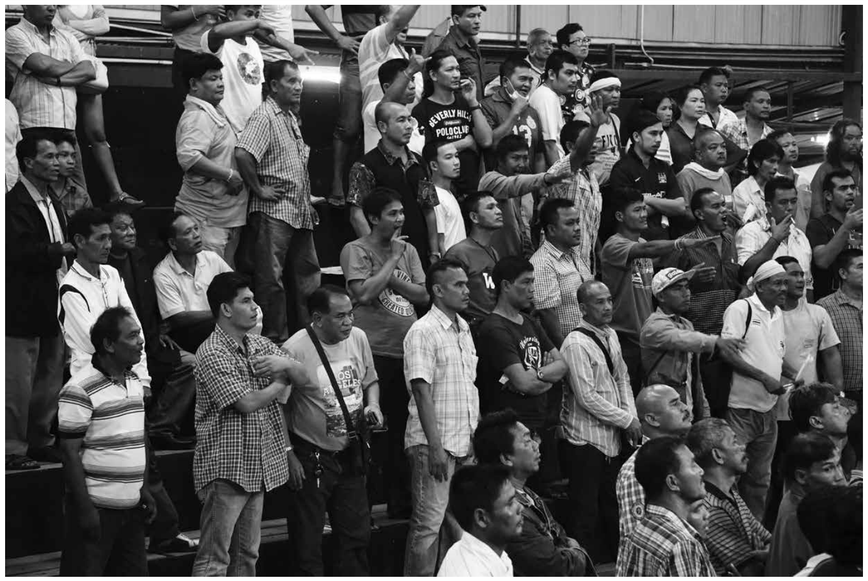
A Ann le resulta cómico el tacto con que le formula la pregunta. Acto seguido le dice a Soda que las apuestas han estado siempre presentes en el *muay thai*. Son el alma del público, un elemento que involucra aún más a los espectadores. No son legales, pero están culturalmente aceptadas. Luego me explica que un peleador profesional entrena cinco horas al día y tendrá un enfrentamiento cada cuatro semanas. No se gana demasiado con las peleas de provincia. A lo sumo se reunirán unos siete mil baht, con lo cual es imposible mantener a una familia. Desde luego, la fama del deporte ha mejorado las condiciones, pero hay que llegar muy lejos si se quiere hacer dinero de verdad. Para que un pegador empiece a adquirir celebridad deberá clasificar en los campeonatos de la Federación Mundial de Muay Thai, en Bangkok. Esto implica llegar al estadio Lumpinee, dirigido por la Armada Real de Tailandia, o al Rajadamnern, que con el tiempo ha alcanzado mayor protagonismo. Ambos son, de alguna forma, los templos del *muay thai* en el mundo. Allí también son comunes las apuestas, pero se ejecutan de manera más clandestina que en las ciudades pequeñas como Hat Yai.

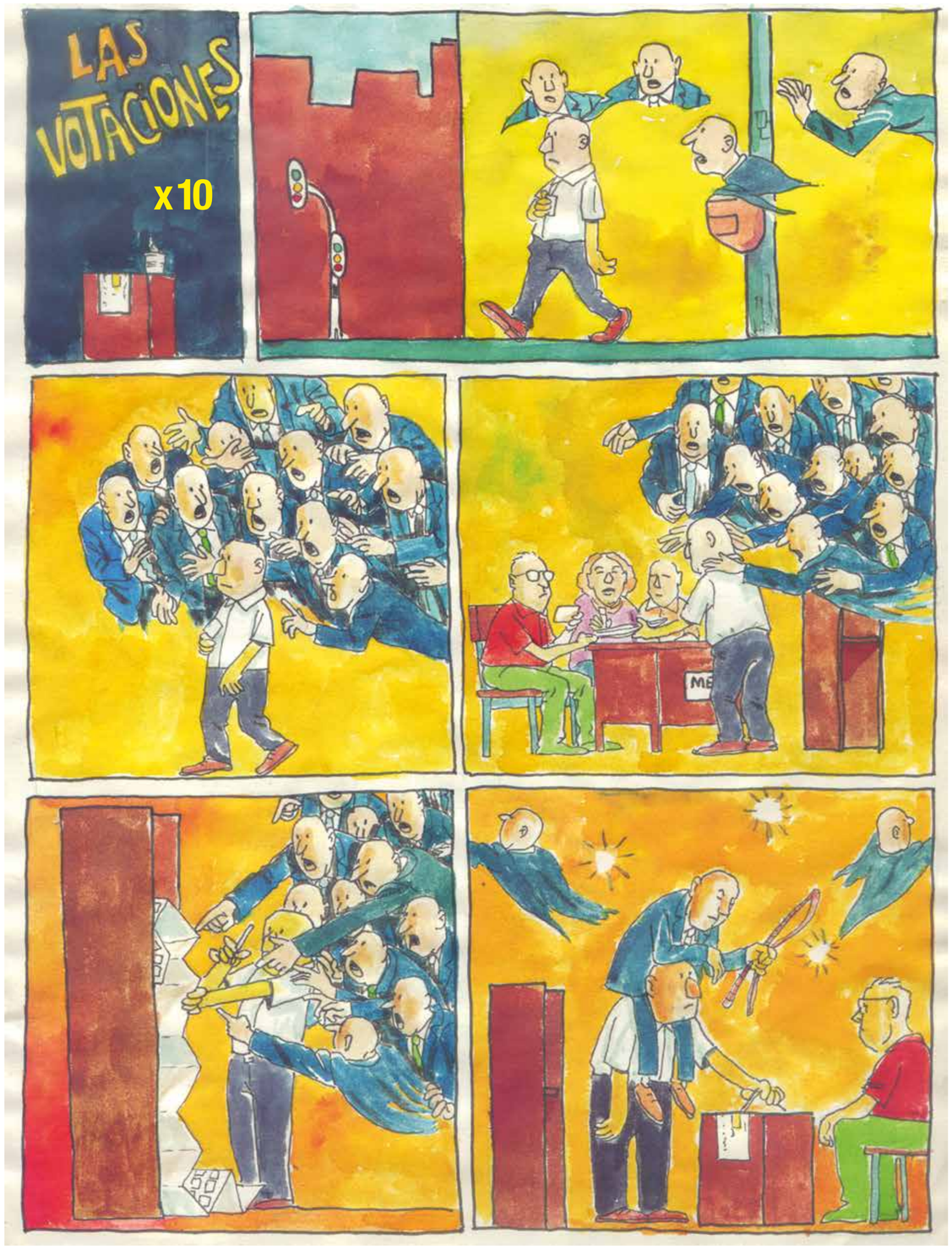
Yo le comento que en Occidente, apostar por un niño que pelea podría resultar polémico. Soda me traduce a regañadientes. Wi interviene y dice que no lo entiende: debería ser un honor. Además, su hijo pelea porque le gusta, no porque alguien se lo haya impuesto. Ha apostado por su hijo desde que comenzó a pelear y siempre invierte ese dinero en su familia. Además, dice, ¿qué sentido tendría ser un peleador que no pelea? Me aclara que todavía existen lugares donde se pelea a puño con soga, es decir, sin guantes. Pelear así produce mucho más daño y puede ser letal para los luchadores. Jamás permitiría que su hijo tuviera un enfrentamiento en esas condiciones.

Ann, que ha estado escuchando en silencio con el puño en el mentón, espera a que Wi termine de hablar. Entonces me mira. Luego a Soda. Le dice que, probablemente, en otros países es difícil entender el honor que implica en Tailandia ser un boxeador de *muay thai*. Es una arte ancestral, una técnica de reyes que además resume la compleja constitución cultural de Siam. Ann se refiere brevemente a la historia de Nai Khanomtom, que es parte del folclor del que se nutre el arte marcial. Conozco la historia y, en resumen, está ambientada en el siglo XVI, cuando empieza a desplomarse el reinado de Ayutthaya. En una ocasión, las tropas birmanas capturaron a Nai Khanomtom y lo condujeron a la ciudad de Rangoon. El rey birmano, conocido como Mangra, le propuso a Nai que se enfrentara con el campeón de boxeo birmano. Prometió que si lo vencía podría volver sano y salvo a su país y contar la historia. Antes de comenzar a pelear, Nai realizó el *wai khru ram muay*, cosa que el público birmano interpretó como magia negra. Lo golpearon y humillaron pero aun así ganó el combate. El rey Mangra consideró su victoria inválida y lo retó a pelear contra nueve luchadores más. A todos los venció y al final nadie más quiso enfrentarse con él. De esa manera se ganó el derecho a volver a su reino, donde su historia se convirtió en una leyenda.

"¿Conocías esa historia?", le pregunto a Khamsing con la intención de saber si lo ha influido. Avergonzado, hunde el mentón y no me da ninguna respuesta. Me gustaría saber cuál es su meta con el *muay thai*, a dónde quiere llegar, a qué está dispuesto a renunciar. Le digo a Soda que se lo pregunte. Levanta la cabeza y me mira. Su respuesta es clara: "Quiero combatir en el estadio Rajadamnern". UC







www.cinéfagos.net
cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

Campaña Explora:
Maravillosos Perseguidos

parque explora MEDELLÍN

Rata arborícola colombiana *(Diplomys caniceps)* fue descubierta en Medellín en 1877. Es uno de los roedores más desconocidos del Valle de Aburrá.

RATAS Y RATONES DE ESTE VALLE

¡Por su buena reputación!

Aburrá Natural y el Parque Explora -con su campaña Maravillosos Perseguidos-, invitan a conocer la historia de las ratas y ratones que habitan el Valle de Aburrá y a identificar el valor, para nada insignificante, de su diversidad local.

Jueves 22 de octubre 6:30 pm

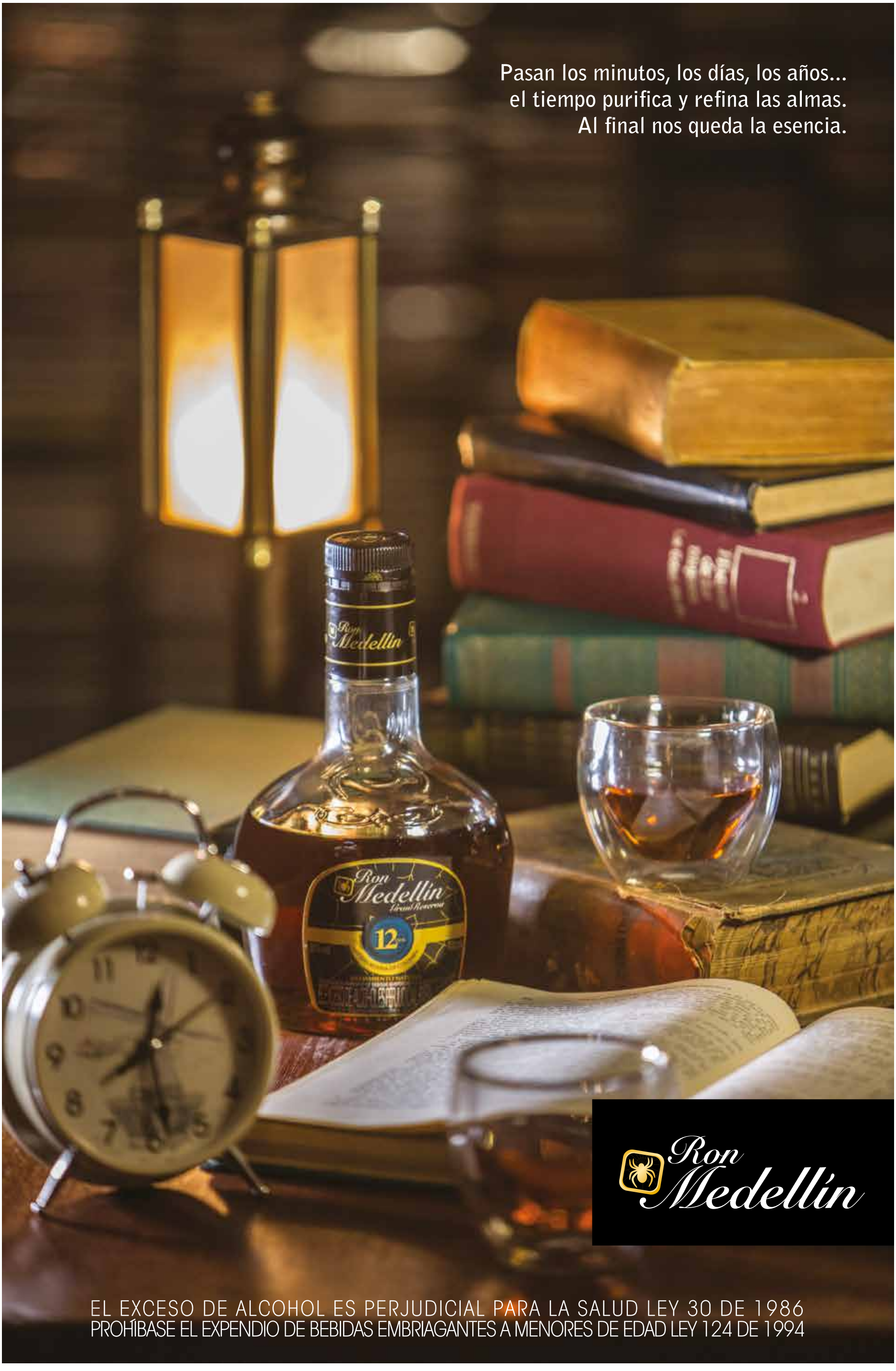
Parque Explora
Entrada libre

Invitado:
Carlos Delgado Vélez
Biólogo PhD University of Wollongong, Australia, fundador de Aburrá Natural.
Consultor de Urbam, EAFIT.

SÍGUENOS: ParqueExplora | parqueexplora | @parqueexplora

Más información: www.parqueexplora.org

ciencia en bicicleta | Alcaldía de Medellín | Medellín todos por la vida


Pasan los minutos, los días, los años...
el tiempo purifica y refina las almas.
Al final nos queda la esencia.
Ron Medellín
Ron Medellín
12
Ron Medellín
EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994